



Causalidades

Naobi Chan

Causalidades

Naobi Chan

© *Naobi Chan*

Primera Edición: Marzo de 2017

Diseño de la portada: Naobi Chan

Foto de portada: Pixabay

Autora del texto: Naobi Chan 2017

Bajo las sanciones establecidas por las leyes queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares, la reproducción total o parcial de esta obra por medio o procedimiento mecánico o electrónico, actual o futuro.

Contenido

[Sobre la autora:](#)

[Manhattan](#)

[Imprevistos](#)

[Tattoo](#)

Sobre la autora:

Naobi Chan es el seudónimo bajo el que escribe Cristina, autora nacida en un pueblo de A Coruña en 1983, que ha creado historias desde que tiene memoria, aunque no ha sido hasta el 2009 cuando se ha planteado hacerlo de verdad y mostrar su trabajo al mundo.

Después de varios años de publicar gratuitamente sus escritos en diversas páginas de la red y su blog personal, a principios de 2013 se lanza a la aventura y autopublica su primera obra "Entre burbujas" en formato digital, estando varias semanas en la lista de los 100 más vendidos en España y América latina.

En ese mismo año, su segundo obra "Relativo", resulta segunda finalista en el concurso "Operación Tagus" realizado por Casa del Libro, en el que los usuarios de esa plataforma en Facebook tenían que votar por su novela favorita entre las que concursaban y quedando ella en tercera posición.

En enero de 2014 su primera obra, "Entre burbujas", entra a formar parte de "Sensual Collection", una colección de obras eróticas que se distribuye con diversos diarios de la península ibérica.

Ahora, con diez obras autopublicadas en Amazon y más de 20.000 unidades vendidas, tienes en tus manos un trío de relatos que esperamos que disfrutes.

Redes sociales

Instragram: @Naobichan

Facebook: Naobi Chan

Twitter: @Naobichan

Goodreads: Naobi Chan

Madrid

“Tal vez el caballero de brillante armadura que te enamoró, no es más que solo un idiota envuelto en papel de aluminio”

El tiempo pasa... aunque su caminar en ocasiones es lento y en otras parece viajar a la velocidad de la luz, pero su trascurso es constante y sin pausa. Mientras miraba las manecillas de aquel reloj que marcaban los minutos que me quedaban para marcharme, un fuerte nudo oprimía mi garganta y no podía dejar de pensar que era absurdo, serían tan solo unos días de viaje y regresaría, no iba a quedarme en Madrid mucho tiempo, pero no podía evitar sentirme como si fuese una despedida permanente.

Mientras observaba la esfera blanca que presidía la cocina desde una de sus paredes y que se negaba a detener el tiempo, podía escucharle en el baño, algunos de los frascos de mis cremas cayeron al suelo, como cada día, mientras se arreglaba para un día más de trabajo. La vida continuaría igual cuando regresase, de eso estaba segura, pero algo en el aire me gritaba a voces que nada sería como en ese momento.

Cuando él salió del baño dando un portazo supe que su estado de ánimo no había cambiado desde la noche anterior, no estaba de acuerdo con ese viaje y yo, en el fondo, tampoco lo estaba, pero era mi trabajo y no podía negarme. Suspiré pesadamente y

me giré para enfrentarlo, pero sus ojos azules apenas repararon en mi presencia cuando pasó por mi lado y ni siquiera me miró. Sentí como mi corazón se estrujaba en la mitad de mi pecho y dolió... era como si un puñal estuviese tanteando cual era el mejor lugar para clavarse con la estocada final.

—Cariño... —lo llamé en un susurro, pero no obtuve respuesta, él se sirvió un café en su taza blanca y no se giró para mirarme—. Por favor... entiéndelo, no puedo decirle que no a mi jefe, él solo confía en mí para hacer ese trabajo, soy su asistente personal y conozco los entresijos del caso tan bien como él.

Como siempre que se enfadaba su orgullo le precedía, nunca daba su brazo a torcer y tenía que dar yo el primer paso y ceder ante cualquier situación, sabía que eso no era sano para ninguna relación y siempre había intentado evitarlo, pero lo quería tanto que

en ocasiones era imposible decir que no, sobre todo cuando me miraba con aquellos ojos tan claros y enigmáticos, acompañados de aquel movimiento de mano para alejar el cabello de su frente.

—¿Ya has llamado a un taxi para ir el aeropuerto? —su voz sonó tosca, casi como en un gruñido, y sentí como el puñal todavía tanteaba buscando un buen lugar, siempre era así con él.

—Tu hermana va a llevarme —contesté en un murmullo y, casi sin darme cuenta, mi mirada buscó las dos maletas que había junto a la puerta, solo para asegurarme de que estaban ahí y no me olvidaba de cogerlas antes de salir.

—Bien... —masculló pasando por mi lado de nuevo hacia la puerta— que tengas buen viaje —lo siguiente que pude escuchar fue un portazo de la puerta principal que me indicaba que se había ido y que la discusión había llegado a su final.

Pasé una mano por mi cabello sintiendo como mi determinación de irme caía un poco, quizás si llamaba al señor Márquez él lo entendería y me permitía quedarme sin ninguna repercusión, no podía irme y dejar la discusión así, no era bueno para él ni para mí.

Busqué el teléfono móvil en el bolsillo trasero de mis tejanos y cuando estaba a punto de pulsar en el botón de llamada el sonido del timbre me hizo dar un respingo, mi corazón comenzó a latir a toda velocidad y sentí como las palmas de mis manos se humedecían ¿y si era él? ¿Si se había arrepentido y me pedía perdón? Una enorme sonrisa se dibujó en mis labios y casi corrí hacia el telefonillo.

—¿Miguel? —pregunté con impaciencia.

—*Lo siento, pero no... el idiota de mi hermano se ha ido a toda velocidad y ni me ha visto* —la voz de Inés sonó metálica al otro lado del aparato y todas mis esperanzas murieron con sus palabras—. *Lola... ¿sigues ahí?* —preguntó tras unos segundos de silencio.

—Sí... ahora bajo.

Me tragué un sollozo e intenté ocultar mi desánimo, Miguel no lo entendía, pero ese era mi trabajo, disfrutaba haciéndolo y aunque le molestase tenía que comprender que no iba a renunciar solo porque él no estuviese de acuerdo con los viajes.

Había momentos en los que no soportaba su insistencia en querer controlarlo todo, en saber dónde estaba a cada momento, con quien estaba, que hacía y cuando regresaría. Sabía que solo era preocupación, él me quería y solo intentaba protegerme, pero me ahogaba. Incluso en alguna ocasión había declinado alguno de mis planes para salir,

solo por no discutir con él, porque estaba segura de que en el fondo tenía razón cuando me decía que sola podría ocurrirme algo malo, últimamente la ciudad estaba siendo muy insegura sin importar la hora del día.

El trayecto en ascensor se me hizo demasiado corto, una pequeña parte de mi cerebro todavía intentaba buscar una excusa que darle a mi jefe para quedarme, la otra quería irse porque era mi obligación. Cuando salí a la calle el viento frío removió mis cabellos, busqué a Inés con la mirada y ella esperaba apoyada en su coche. En cuando me vio su ceño se frunció y sus ojos también azules se entrecerraron volviéndose más fríos.

—Dolores, como se te ocurra sentirte mal porque tienes que irte, voy a patear tu culo y después el del idiota de Miguel porque estoy segura de que es su culpa.

—Él no ha hecho nada —le defendí, como hacía siempre, porque él solo se preocupaba porque me quería.

—Te hace sentir mal... ¿no es eso suficiente? —gruñó enfadada—. Sube al maldito coche y no se te ocurra intentar convencerme de que dé la vuelta, hasta que estés subida a ese avión no pienso estar tranquila.

—No seas tan melodramática —intenté poner la mirada en blanco para restarle importancia y que lo olvidase, pero su ceño fruncido me detuvo.

—Quiero mucho a mi hermano... ¡es mi hermano! Pero reconozco que en ocasiones es un poco manipulador y caprichoso, tienes que saber mantenerte firme y hacer valer tus deseos, no puedes dejar que siempre consiga lo que quiere.

—Inés, no vengas a decirme como es Miguel, hace dos años que vivimos juntos y lo sé perfectamente —le recordé con una sonrisa mientras guardaba mis maletas en el coche.

—Pues si de verdad sabes cómo es, simplemente sonrío, se le pasará cuando estés de vuelta... —me animó dándome una palmadita en la espalda.

Inés tenía razón, en cuanto volviese Miguel volvería a ser el mismo de siempre, me haría sentir querida y protegida, todo volvería a la normalidad. Y... ¿quién sabe? Quizá cambiaba de opinión y camino al aeropuerto y me llamaba para pedirme perdón.

Aunque eso no sucedió...

A veces podemos pasarnos años sin vivir en absoluto y, de pronto, toda nuestra vida se concentra en un solo instante. Oscar Wilde.

Madrid era tan diferente a lo que estaba acostumbrada... ya lo había notado en el momento en que bajé por la escalerilla del avión y mis pies tocaron el suelo, esta ciudad era como un mundo aparte.

Un cosquilleo recorrió mi cuerpo y me descubrí a mí misma sonriendo por primera vez desde que había discutido con Miguel sobre ese viaje. No tenía ni idea de donde habían salido esas ganas de ser feliz, normalmente, cuando discutíamos, me costaba estar tranquilas hasta que las aguas volvían a su cauce y todo era normal entre nosotros.

Si lo pensaba con frialdad, nuestra relación era un poco atípica, éramos tan diferentes y a la vez iguales que nos costaba estar juntos, ese era el quid de todas nuestras discusiones. Aunque, con el tiempo, había aprendido a callar para evitar enfrentamientos, había pasado muchas cosas por alto para no enfadarme sin necesidad y con el tiempo las discusiones habían disminuido su número considerablemente.

Pero no del todo, Miguel siempre tenía sus días malos, su trabajo en el banco era muy estresante, siempre con el miedo a perder su puesto a causa de la crisis, llegaba a casa algo enfadado y buscaba algún pretexto para discutir, cualquier tontería le bastaba, y así descargaba su frustración.

Me gustaba poder ayudarlo a sentirse mejor, aunque para ello discutiésemos y me tocara hacer el papel de mi vida, pidiendo perdón por tonterías o adjudicándome errores solo para que él ganase. Esa era nuestra tónica de los últimos meses, había aprendido a vivir así aunque en ocasiones me hacía sentir de un modo que no sabría cómo definir... desilusionada, quizás. Había aprendido que las relaciones idílicas no existen y que, para ser feliz en algunos momentos, tienes que pasarlo un poquito mal en otros.

Después de nuestra primera reunión con los clientes a los que les llevábamos el caso, sentí la necesidad de explorar la ciudad, era mi primera vez allí y como buena turista

quería ver la parte más divertida y también la cultural de Madrid, quería pasear por la castellana, ver los leones del senado, ver el parque del Retiro e ir a la Puerta del sol.

Así que no dude en deshacerme de mi ropa de secretaria, ponerme unos tejanos, calzarme unas deportivas y salir a caminar. Casi sin darme cuenta me subí a un autobús turístico y me di una vuelta por casi toda la ciudad.

De vuelta en el hotel me sentía demasiado enérgica para simplemente cenar e irme a la cama, así que decidí intentar llamar a Miguel, pero siempre me salía el buzón de voz porque él ignoraba mis llamadas. Suspirando decidí intentarlo con Inés y ella contestó al segundo tono.

—*¡Hola Lola! ¿Todo bien por ahí?* —preguntó con voz alegre.

Sonreí pensando en la fantástica tarde que había pasado yo sola dando vueltas por la ciudad.

—Todo perfecto, Inés... ¿sabes algo de Miguel? Lo llamo al móvil y siempre me sale el buzón, ¿lo has visto o algo?

Ella bufó al otro lado del teléfono y podía jurar que masculló algún insulto entre dientes.

—*Hace una hora estaba en casa de mis padres, hemos cenado allí ¿has probado a llamarlo a casa?*

Reprimí un suspiro y negué con la cabeza.

—Tres veces... y he dejado un mensaje en el contestador, pero no creo que me devuelva la llamada.

—*Este hermano mío es lo más tonto que he podido conocer* —gruñó—. *Creo que me llevé todo el sentido común en el útero.*

Reí sin humor, el sentido común no, pero la facilidad para insultar a alguien se la había robado toda a su hermano mellizo.

—*Hablaré con él y quizás...*

—No te preocupes Inés —la interrumpí—, seguro que se le pasará tarde o temprano —con esas palabras intentaba tranquilizarme más a mí misma que a ella.

—*Seguro...* —suspiró, sabía que ella también dudaba de que eso pudiese suceder—. *¿Cuándo regresas?*

—Me voy a quedar solo tres días más.

—*¿Has hecho algo de turismo?*

—Sí y esta ciudad es fantástica, tenemos que venir las dos, te encantará. El ambiente es genial y podremos ir de compras.

—*Eso suena muy bien* —contestó emocionada—. *¿Y ahora que harás?*

—Dormir... supongo... ha sido un día largo y mañana también lo será. Lo mejor es que me vaya a la cama y...

—*¿¡Qué!? ¡No! ¡No vas a hacer semejante tontería!* —exclamó casi asustándose—. *No puedes quedarte en la habitación del hotel cuando estás tan lejos de casa, ¿quién sabe cuándo volverás a tener una oportunidad como esa?*

—Mañana tengo trabajo —protesté.

— *No te estoy diciendo que pases la noche en vela, solo que salgas un poco y te diviertas.*

—Pero Mi...

—*Miguel nada* —me interrumpió—. *Si fuese un poco consciente de lo que tiene contigo, te cuidaría un poco más. Tú solo ponte un vestido bonito, maquíllate un poco y sal divertirse, no haces nada malo por pensar en ti un poquito.*

— Pero Inés...

— *Es una orden Lola, no me discutas o te patearé el culo en cuanto vuelvas a casa* —amenazó.

— De acuerdo... —rezongué—. Te llamo mañana.

— *¡Diviértete!* —fue su despedida antes de cortar la llamada.

Sonreí mirando el teléfono y negué con la cabeza, Inés estaba loca, pero tenía que admitir que tenía un poco de razón. La distancia me ayudaba a ver las cosas un poco más claras y Miguel estaba siendo egoísta al comportarse de ese modo, estaba aquí por trabajo y, aunque no fuese así, tenía todo el derecho de poder salir y divertirme sin tener que pedirle permiso, era lo suficiente mayorcita para tomar ese tipo de decisiones por mí misma y sin pedirle permiso.

Seguí el consejo de Inés y me puse el único vestido que había llevado, era negro y ajustado, no demasiado revelador, pero muy ajustado. Me calcé unos zapatos de tacón, solté mi cabello y delineé un poco mis ojos, algo sencillo ya que solo quería verme bien. Mientras bajaba en el ascensor del hotel hacia la entrada principal mi estómago se retorció de anticipación, decidí enviarle un mensaje de texto a Miguel para decirle que no me llamase a la habitación, ya que iría a pasear un poco, y volví a guardar el aparato en el bolso apretándolo con fuerza contra el pecho.

De repente la idea de salir ya no me parecía tan atractiva, echaba de menos a mi novio, tan solo quería dormir abrazada a él como cada noche. Las puertas se abrieron con su inconfundible “ding” y me sobresalté por estar demasiado absorta en mis miserias, bufé... si Iné estuviese allí en ese momento me habría dado una patada en el culo y me habría sacado de la habitación arrastras.

Decidí no salir de las inmediaciones del hotel y me encaminé al bar del mismo, de donde procedía una suave música. En cuanto crucé las puertas la ausencia de luz me obligó a entrecerrar los ojos, mi mirada no tardó en acostumbrarse a la penumbra y enseguida localicé la barra al fondo del local. Mientras me dirigía hacia allí apenas era consciente de lo que me rodeaba, mi mirada estaba clavada en una banda de jazz que tocaba una pegadiza canción que me hizo acomodar mis pasos a su ritmo.

Me senté en barra y pedí un Martini al camarero en cuanto se acercó a mí, mientras miraba el líquido transparente en mi copa, no podía dejar de jugar con la aceituna clavada en el palillo. No sabía lo que estaba haciendo allí... ya no solo en el hotel, en la ciudad. Echaba terriblemente de menos a Miguel y una melancolía gris me cubrió quitándome las ganas de cualquier cosa. Suspiré dando el primer trago a mi copa y arrugué la nariz, odiaba esa bebida, pero siempre la bebía porque él un día me dijo que le parecía sexi con una copa entre mis manos.

Sonreí con añoranza recordando una de nuestras muchas noches juntos.

«—Si fuese pintor te pintaría desnuda mientras sostienes una copa —susurró con voz sugerente deslizando un dedo entre mis pechos.

—No digas tonterías —reí sonrojándome un poco.

—Te pintaría y pondría en mi oficina para poder ver todos los días lo maravillosa que eres.»

¿Dónde habían quedado aquellos días? Nos queríamos mucho, de eso estaba segura, pero las palabras dulces, las declaraciones a media voz y las miradas tiernas habían quedado atrás, ¿sería que la monotonía nos había atrapado? Me negaba a creer eso... le quería y él me quería, éramos muy felices juntos, tan solo era un bache... uno que podríamos superar con el tiempo.

—Un Jack con hielo, por favor —gruñó una voz cerca de mí arrancándome de mis pensamientos.

Sentí su presencia en el taburete de al lado sin siquiera mirarlo, casi podría jurar que,

aunque estaba a más de un metro de distancia cuando me senté unos minutos antes, ahora estaba pegado a mí. No me atreví a levantar la mirada, algo dentro de mí estaba aterrorizado de hacerlo, pero podía sentir su energía emanando en grandes oleadas de frustración y rabia que llegaban a mí y me ponían la carne de gallina.

El camarero, sin apenas mirarlo, sirvió su copa y la puso frente a él, el olor dulzón llegó a mis fosas nasales y se me hizo la boca agua... ¿ese líquido ámbar sabría tan bien como olía? Humedecí mis labios apresando el inferior entre mis dientes... no, no debería probarlo. Suspiré dispuesta a irme, bebí un sorbo más de mi copa y me puse en pie, pero mis pies no estaban por la labor y no me lo pusieron tan fácil. Uno de los tacones de mis zapatos se enredó en la pata del taburete y me precipité hacia la barra, en el proceso empujé mi copa de Martini casi llena y el líquido transparente se derramó a lo largo de la superficie de la barra.

La mirada verde y penetrante de aquel hombre que bebía güisqui, se clavó en mí y mi corazón se saltó un par de latidos. Sus ojos estaban ocultos tras unas gafas de cristales gruesos, pero el poder que ejercieron sobre mí me dejó paralizada durante varios segundos que me parecieron una eternidad.

Me excusé en un susurro e intenté salir de allí lo más rápido posible. Me sentía avergonzada, pero no tenía muy claro si había sido por el tropezón y su posterior consecuencia o si era por el modo en que mi corazón todavía continuaba latiendo después del modo en el que me habían mirado ese par de ojos.

En el estado en el que me encontraba me sería muy difícil encerrarme en mi habitación, así que, en lugar de ir hacia los ascensores e ir a meterme en la cama como debería haber hecho, salí al exterior del hotel y me quedé al borde de la calle viendo como los coches pasaban a toda velocidad frente a mí.

Hacía un poco de frío, pero el aire fresco me despertó, me hizo ver la situación con perspectiva y darme cuenta de que no había sido para tanto, solo fue un tropezón, nadie resultó herido y no era motivo para avergonzarse y el tema de los latidos acelerados de mi corazón... bueno, latió así porque estaba avergonzada, sí... era eso. Tenía que ser eso.

Alcé los ojos al cielo y mi mirada se perdió en un par de edificios que había al fondo de la calle, pese a ser casi la media noche, la ciudad estaba llena de vida. Con coches yendo y viniendo, con personas que recorrían las calles a toda velocidad y otras que lo hacían con lentitud, disfrutando de un rato libre. Ver eso me hizo pensar que encerrarme en la habitación era lo último que debería hacer, Miguel estaría molesto conmigo de todos modos si me quedaba en la cama como una buena chica, o si salía a dar un paseo. No iba a hacer algo malo, solo salir y divertirme un poco, era joven y tenía

derecho a ello.

Sonreí satisfecha con la decisión que había tomado y eso me hizo sentir un poco mejor conmigo misma, no podía simplemente hacer un lado mis necesidades o mis deseos solo porque mi novio no estuviese de acuerdo con ellos, era mi vida y él debía aceptarlo.

Una garganta aclarándose a mi derecha llamó mi atención, giré el rostro para comprobar de quien se trataba y lo primero de lo que fui consciente fue de los ojos verdes tras los gruesos cristales de las gafas, clavados en mí y mirándome con una especie de burla. Mi mirada vagó después por su rostro, deteniéndome quizás unos segundos de más en un par de labios finos y masculinos que provocaron que mordiese los míos instintivamente, una mandíbula cuadrada, una nariz recta y un cabello con mechones negros completamente despeinados eran el complemento perfecto para ese rostro que parecía más el de una estrella de cine o un modelo.

No me atreví a ser osada y bajar la mirada por su cuerpo, era consciente de que me lo estaba comiendo con los ojos de un modo muy literal y no quería ser más obvia de lo que ya estaba siendo, así que sintiendo como mis mejillas comenzaban a colorearse, desvié la mirada de nuevo a la calzada, donde los coches continuaban pasando sin detenerse.

Por mi visión periférica pude ver como el tipo se sacaba las gafas y las limpiaba meticulosamente con un pañuelo de lino, después se colocó las volvió a colocar y guardó el pañuelo en su bolsillo perfectamente doblado. La agilidad de sus movimientos y la pulcritud de sus actos me recordó a Miguel, al modo meticuloso en el que siempre hacía todo, a como cada cosa tenía su lugar y no le gustaba que nada saliese de su control. Ese hombre parecía padecer de esa misma obsesión compulsiva por tener todo perfecto y en su lugar, sonreí recordando que eso fue lo que más me molestaba de él al principio de nuestra relación, cuando intentaba poner orden a todo el caos que era mi vida y yo me molestaba, aunque con el tiempo conseguí amoldarme a su modo de vida y ahora era mucho más ordenada.

—Una copa por tus pensamientos —la voz ronca y oscura que escuché en el bar del hotel volvió a escucharse a mi lado y lo miré de soslayo, el hombre me miraba con curiosidad, con las manos dentro de los bolsillos de su pantalón de vestir negro y el ceño ligeramente fruncido, aunque una ligera sonrisa curvaba hacia arriba la comisura de sus labios.

—Solo recordaba —contesté en un susurro.

—Puedo apreciar que se trata de un buen recuerdo.

Sonreí de nuevo y asentí sin mirarlo, si lo hacía volvería a ser demasiado obvia y era lo último que quería, lo que menos necesitaba era que ese tipo se llevase una mala impresión y esperase de mí algo que, evidentemente, no iba a darle.

—Es temprano... —murmuró de nuevo pasando una mano con nerviosismo por su cabello, lo que me hizo mirarle porque ese movimiento tan característico de Miguel me paró el corazón— había pensado en salir a divertirme un poco, pero esta ciudad es demasiado grande para recorrerla en solitario, ¿me acompañarías?

Mi ceño se frunció mientras analizaba con detenimiento sus palabras, no iba a ir a ningún lugar con él, no... tenía novio y aunque teníamos algunos problemas todas las parejas los tienen, los superaríamos tarde o temprano.

—Antes de que me des una negativa —me interrumpió en cuanto abrí la boca para contestar—, solo quiero pasear y quizás tomar unacopa... sin que se derrame esta vez —sonrió alzando tan solo una de las comisuras de sus labios y mi respiración se entrecortó—. Una invitación inocente entre dos desconocidos, ¿me acompañas?

No podría explicar lo que me obligó a contestar, quizás fuese esa energía oscura que emanaba de su cuerpo, esas ansias de romper las reglas de Miguel y salir de ese agujero de monotonía en el que se había sumido mi vida. Pero, sin darme apenas cuenta, mis labios se separaron y la palabra que ni siquiera pasaba por mi mente se deslizó entre ellos.

— Sí...

“Y al despertar y verme al lado de lo que siempre juré no hacer, sentí clavarse en mi sien, tu voz diciendo no te olvidaré” La oreja de Van Gogh, Manhattan

Los amaneceres pueden ser de muchos modos diferentes, los hay cálidos y luminosos, fríos y en penumbras, los hay mágicos, enigmáticos, llenos de alegrías y otros agrios... muy agrios.

Aquella mañana me desperté sabiendo que tenía algo importante que hacer, me sujeté la cabeza prometiéndome no beber nunca más, aunque fuese güisqui y estuviese delicioso, pero no era algo bueno cuando al día siguiente tenías que trabajar.

Me enderecé en la cama y recordé que tenía una reunión importante con el cliente de mi jefe, tenía que supervisar que todo saliese bien y que éltuviere a su disposición todos los documentos que pudiese necesitar.

Miré la hora en mi reloj de pulsera y me sorprendí al ver que eran todavía las nueve de la mañana, por la luz que entraba por la ventana parecía ser mucho más tarde. En mi cabeza comencé a hacer una lista de todo lo que tendría que hacer antes de la reunión a las once y el maldito dolor de cabeza provocado por la resaca me tenía un poco fuera de onda. Miré a mi alrededor buscando mi ropa, extrañamente estaba completamente desnuda, en mi barrido visual por la habitación mis ojos se quedaron clavados en una camisa de un blanco impoluto que estaba en el suelo, arrugada, al lado de un par de zapatos italianos de color negro.

Mi mente se quedó paralizada en ese momento en la imagen de aquel hombre que limpiaba sus gafas a mi lado en la calle, en el sonido de su voz pidiéndome que lo acompañase a dar un paseo por la ciudad, en el sabor del wiski deslizándose por mi garganta...

Un grito ahogado salió de mis labios y salí de la cama de un salto sin atreverme a mirar más allá, casi a trompicones llegué hasta el ropero, abrí la puerta y saqué una bata para cubrirme. Una vez que mi desnudez estaba oculta, me atreví a girarme, a alzar la mirada y comprobar lo que había hecho.

Él estaba en la cama, tumbado boca abajo y con su rostro mirando en mi dirección, sus ojos estaban cerrados y la respiración salía lenta y pesada por su nariz y sus labios

entreabiertos. Su cabello de un color tan negro como el carbón, era un contraste casi antinatural con las sábanas blancas de la cama del hotel. Su espalda ancha y repleta de lunares desperdigados aquí y allá estaba expuesta hasta justo donde comenzaba su trasero, que estaba precariamente tapado con la fina tela, pero se percibían perfectamente dos montañas redondeadas en el lugar de sus nalgas.

El mundo se detuvo, el tiempo, los relojes... todo se quedó suspendido en el aire cuando me di cuenta de lo que había hecho, del tremendo error que había cometido. Yo, que siempre me había llenado la boca diciendo que era completamente sincera, la que siempre declaraba que por nada del mundo engañaría al hombre que más quería.

Y lo había hecho...

Había destrozado lo que tanto tiempo nos había costado construir...

Un sollozo partió mi pecho en dos, un sollozo silencioso que salió de mis pulmones y quemó mi pecho en su viaje hacia lagarganta, las lágrimas comenzaron a arder en mis mejillas y el aire comenzó a ser escaso. No podía ser verdad... no... tenía que ser un mal sueño, una broma... una pesadilla, no podía haberle engañado con un desconocido... no podía haberlo hecho.

Gateando y sin apenas fuerza en mis extremidades llegué al baño, me puse en pie apoyándome en el lavabo y el espejo que había sobre este en la pared me devolvió la imagen de la vergüenza que me perseguiría el resto de mis días. Tenía el cabello revuelto, los labios hinchados y varias marcas en mi cuello... había ocurrido de verdad, realmente lo había hecho.

Intenté tragar la bilis que se había acumulado en mi boca al darme cuenta de lo que había sucedido, pero fue inútil, apenas me dio tiempo a llegar al retrete donde vomité durante varios minutos, incluso después de haber vaciado por completo el contenido de mi estómago, las náuseas secas me doblaban en dos y perlaban mi frente de sudor frío.

No recuerdo el tiempo que pasé tirada en el suelo del baño, intentando asimilar lo sucedido y dejando que la culpa y la vergüenza me hundiesen en un hoyo bien profundo, pero nada sucedía, yo seguía allí, viva, respirando y oliendo a sexo por cada uno de mis poros.

Me sentía sucia, me puse en pie y me metí en la ducha abriendo el agua, el chorro frío impactó mi espalda y poco a poco se fue templando hasta que casi hervía, casi podía sentir las yagas abriendo mi piel en dos, pero tan solo tenía algunas manchas rojizas.

Unos minutos después me armé de valor para salir del baño, mi mano temblaba cuando sujeté el pomo de la puerta y tiré de él, sentía miedo de enfrentarme de nuevo a lo que

había hecho, no era como si pudiese negarlo, pero si no lo veía sería más fácil superarlo, aunque no creía poder dejar nunca.

La habitación estaba vacía, no había nadie en la cama, no había ropa de hombre ni zapatos en el suelo y todo estaba revuelto, mi sostén estaba al lado de la puerta y mis braguitas arrugadas a los pies de la cama. Lo único que quedaba de su presencia era un ligero olor almizclado en el aire y la forma de su cuerpo en las sábanas revueltas.

Mis rodillas perdieron su fuerza y sentí como mi espalda golpeaba contra la pared tras de mí, mi cuerpo descendió lentamente hacia el suelo y con la cabeza oculta entre mis rodillas dejé que el llanto silencioso que había tenido en el baño saliese en forma de sollozos que se asemejaban a gritos.

Soy suicida porque te miento, mas prefiero eso que asesinarte con la verdad de mi amor incierto.

El avión toco tierra cuando pasaba de las siete de la tarde, la noche ya había caído y todo lo que me rodeaba era oscuridad. Apenas fui capaz de procesar que habíamos llegado cuando me di cuenta de que todos los pasajeros estaban poniéndose en pie preparándose para salir. Me puse en pie también sintiendo como mis rodillas temblaban, sabía que Miguel estaría esperándome, me lo dijo cuándo me llamó unos minutos antes de que subiese al avión.

Descendiendo por la escalerilla mi corazón repiqueteaba con fuerza en mis oídos, ¿cómo iba a decírselo? No era como si fuese fácil ocultarlo, las manchas en mi cuello ocultas con la bufanda, el malestar que me había quedado después de comprender lo que había hecho... cerré los ojos para intentar tranquilizarme, podía hacer eso... pero en cuanto mis parpados se bajaban el brillo de aquella mirada verde aparecía tras ellos y mi estómago se estrujaba.

“Me llamo Gael...”

“Estoy aquí por trabajo, pero odio la ciudad”.

“Te ves preciosa con esta luz”.

Su voz...

El tacto de sus manos sobre mi piel...

El modo en el que me estremecía al roce de sus labios...

Cada uno de esos recuerdos se filtraba en mi mente con solo cerrar los ojos y lo peor de todo es que, aunque me avergonzaba, aunque creía que había sido una mala persona y la peor de las escorias, en el fondo no me arrepentía. Había tomado una decisión sin preguntarle a Miguel, había hecho algo que me apetecía sin pensar en las consecuencias, había tirado el Martini y había bebido güisqui porque me gustaba más, había sido yo misma, sin restricciones...

Cuando crucé las puertas de desembarque un nudo se cerró con fuerza en mi garganta, Miguel... él estaba allí, su cabeza sobresalía entre las personas que le rodeaban porque era ligeramente más alto. Su cabello rubio siempre bien peinado hacia atrás era inconfundible y mi corazón comenzó a latir a toda velocidad. Cada paso que daba hacia él me costaba más, mi cuerpo pesaba y casi no podía ni moverme, pero tenía que hacerlo. Iba a hacerlo.

Llegué a su lado y me sorprendí al ver que tenía un ramo de flores en sus manos, eran azules y amarillas, mezcladas y creando una combinación armoniosa. Mi mano tembló cuando lo sujeté torpemente y lo siguiente que sentí fueron sus brazos rodeándome. Mi pecho dolió y no pude evitar comenzar a llorar, las lágrimas graban un surco a fuego en mi piel y se derramaban hacia mi barbilla, donde se precipitaban muriendo en el hombro de la chaqueta de Miguel, que todavía me abrazaba con fuerza.

—Ya está, cariño —su voz intentó tranquilizarme—. Ya estás en casa y todo va a ir bien.

Me alejé de él con temor, esperando que supiese que algo iba mal, que fuese consciente de que le había sido infiel solo con mirarme a los ojos, pero no ocurrió. Mientras me miraba una sonrisa surcó sus labios y acarició mi mejilla borrando una lágrima con su dedo pulgar.

—Vamos a casa, tengo una sorpresa para ti.

El trayecto en coche se me hizo eterno, las calles se sucedían a nuestro paso como si fuese a cámara lenta, veía como el parabrisas delantero del coche se humedecía con unas pequeñas gotas de lluvia y también era a cámara lenta, como si alguien hubiese pulsado algún botón que ralentizase el tiempo.

Una parte de mí era consciente de que tenía que decirle la verdad, ser honesta incluso conmigo misma y reconocer que le había sido infiel, pero una parte, la menos pura y nada buena de mí, me gritaba que callase, que si sabía mantener la boca cerrada nunca lo sabría, lo que había ocurrido en Madrid se quedaría allí y nadie se enteraría.

Cuando llegamos a nuestro apartamento el olor que desprendía el lugar me tranquilizó, era un olor cálido y sereno, a paz... necesitaba un poco de eso para poder pensar con claridad. Miguel me ayudó a quitarme el abrigo y lo colgó en el perchero junto a la puerta, sujetó mi mano entrelazando nuestros dedos y me quedé más tiempo del necesario mirando esa unión entre nuestras manos, encajaban a la perfección, eran como dos piezas del mismo puzle que debían ir unidas.

—¿Te encuentras bien? —su voz se escuchó en un susurro tranquilizador, como hacía mucho que no la escuchaba, como al principio, y eso arrancó una sonrisa melancólica

de mis labios.

—Solo estoy un poco cansada por el vuelo —mentí a medias, estaba cansada sí, pero no del viaje, las dos últimas noches apenas había podido pegar ojo a causa de las pesadillas donde los ojos verdes eran el centro de todo, eran el ojo de huracán que amenazaba con destruir toda mi vida.

—Ven... te he preparado la cena, *fetuccini* con gambas, sé que los adoras.

La sonrisa que estiró mis labios fue un poco más sincera en esta ocasión, él se había esforzado en hacerme un buen recibimiento, pese a todo lo que había ocurrido antes de mi viaje, la discusión porque no quería que me fuese, la frialdad antes de que me subiese al avión por primera vez. Pese a todo, Miguel me recordaba porque me había enamorado de él, porque ese control enfermizo que se esforzaba en mantener sobre todo lo que le rodeaba, hacía que ningún detalle se perdiese, que todo fuese perfecto.

Y estaba a punto de destrozarlo todo...

Me senté en la mesa preparada para dos, con copas de vino, con cubiertos de plata y un par de velas blancas iluminando nuestro salón, una música suave envolvía el ambiente y el olor a especias mediterráneas lo bañaba todo. Tiré de los extremos de mi bufanda ocultando más aquellas marcas, sintiéndome cobarde para contarle lo que había sucedido, no quería acabar con todo lo que teníamos... no sería justo para nadie.

Cenamos en silencio, al menos por mi parte, Miguel se desvivía contándome anécdotas de cómo había transcurrido su semana, fue como antes... antes de la monotonía. Mi mirada baja y el modo en que jugueteaba con la comida sin apenas probar bocado, no parecieron ser suficientes para demostrarle que algo no estaba bien conmigo, que algo me carcomía por dentro y no me dejaba ser.

—Pareces agotada... —dijo después de unos minutos en los que él habló y habló y no fui consciente de una sola palabra.

Abrí la boca para decírselo, tenía que hacerlo, debía hacerlo... pero la parte mala de mí, la cobarde, la rastrera, esa me obligó a callar y a no decir nada. Quería olvidarlo, dejarlo atrás y no volver a pensar en aquel par de ojos verdes nunca más, quería continuar con Miguel construyendo un futuro juntos y Madrid podría arruinar todo nuestro esfuerzo.

Así que solo sonreí y tomé con timidez la mano que me ofrecía.

Esa noche rehuí sus caricias, detuve sus besos cuando iban a subir de intensidad y fingí quedarme dormida para que no intentase hacer el amor conmigo. No podía

hacerlo y no creía poder hacerlo en mucho tiempo... estaba sucia, acostarme con él mientras le ocultaba algo tan grande me rompería y se lo diría, no podía permitirme eso, no podía perderle.

La mentira es lo que prolonga el tiempo de una relación en crisis.

Estaba en trance, mirado hacia aquella cosa y maldiciendo mi suerte. Encerrada en el baño del apartamento que compartía con Miguelel mundo pareció detenerse de nuevo, los relojes, el tiempo... toda la culpabilidad y el peso de mis actos que había conseguido dejar un poco atrás durante las últimas semanas, regresaban a mí y lo hacían con fuerzas renovadas.

No podía ser verdad...

—Lola... cariño... ¿te encuentras bien? —la voz de Inésme hizo alzar la mirada y observar la puerta como si fuese un bote salvavidas, ella me estaba salvando de la realidad, la realidad que tendría si la cruzaba y todo lo que había descubierto era verdad.

—Ya voy Inés... —mi voz sonó ronca y rasposa, como si estuviese aguantando las ganas de llorar.

Y lo estaba haciendo... mis ojos ardían, mi pecho dolía y mis manos se cerraban en puños en torno a aquel pedazo de plástico que todavía sujetaba. No podía estar sucediendo eso, no, no podía...

Haciendo un esfuerzo sobrehumano para serenarme, tomé una bocanada de aire y conté hasta diez, deseché el maldito plástico al cubo de la basura y salí por la puerta fingiendo la mejor de mis sonrisas, mi cuñada y amiga me esperaba al otro lado, apoyada en la pared y con los brazos cruzados.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con verdadera preocupación.

Asentí y esperé que el shock por lo que había descubierto no se filtrase en mi rostro o en mis ojos, Inés era la última persona con la que quería lidiar para algo así, no con ella.

— Miguel me dijo que hace unos días que te encuentras mal, ¿quieres que te acompañe al médico? —insistió.

Tragué el nudo de mi garganta y estiré más los labios en esa sonrisa falsa, las mejillas me dolían y la piel tiraba del borde de mis ojos haciéndome daño.

—Solo es un virus estomacal, en unos días estaré bien.

Me había vuelto una experta en mentir, antes nunca hubiese sido capaz de hacerlo, mis ojos me delatarían, el sonrojo de mis mejillas también, pero ahora podía hacerlo, para mí era tan fácil como respirar. Solo necesitaba una excusa convincente y las palabras salían de mis labios formando una mentira como si fuese lo más habitual del mundo.

—Lola —su tono severo me hizo cerrar los ojos un segundo más de lo normal y sin hacerle caso continué mi camino hacia la cocina, donde me serví un vaso de agua y lo bebí a pequeños sorbos sentada en una silla y mirando fijamente la ventana.

—¿Vas a continuar ignorándome?

No alcé la mirada, en su lugar la bajé y me sentí avergonzada, ella, mi mejor amiga, mi familia... también la estaba engañando a ella.

—Sé que Migueleres un gilipollas, sé que no te trata bien y no te cuida pero... antes confiabas en mí y me lo contabas todo... ¿qué ha ocurrido esta vez? ¿Tengo que torturarlo hasta matarlo?

Su tono lastimero y dañado hizo mella en mi interior, mi corazón se estrujó y una punzada en la boca del estómago me advirtió que estaba llegando al límite, que estaba a punto de cruzar la línea de lo que separaba la mentira de no ser honesto. Inésno merecía eso... ella no.

—Habla conmigo... por favor... —casi suplicó.

Mi mayor error fue mirar sus ojos, ella se había arrodillado a mi lado y me miraba con una súplica silenciosa dibujada en su mirada. Grité en silencio, dentro de mi cabeza todo se había vuelto un caos y nada tenía sentido, solo lloraba, gritaba y rompía cosas, pero en el exterior estaba paralizada, hundiéndome en el azul de esos ojos que me miraban con preocupación.

Una lágrima solitaria nació en mis ojos y recorrió mi mejilla con lentitud, fui consciente de su recorrido milímetro a milímetro, sentí como mis poros se humedecían uno a uno hasta que la gota salada llegó a mi barbilla y se precipitó en el vaso de agua que sujetaba con fuerza en mi mano.

Cuando una segunda lágrima la siguió, una bomba estalló en mi cabeza dejando todo en completo silencio, tan solo podía escuchar mi corazón, mi respiración entrando pesadamente en mis pulmones. También algo, un poco más abajo, que pesaba y me empujaba desde el interior.

—Estoy embarazada —las palabras se deslizaron por mis labios sin ser consciente de ello.

La expresión de mi amiga pasó de la preocupación a la sorpresa y después a la alegría, todo en tan solo un segundo, una sonrisa estiró sus labios y antes de que pudiese abrazarme para celebrarlo, me puse en pie y me alejé de ella.

Pegué mi espalda a pared, bebí de mi vaso de agua una vez más mirándola por el borde del cristal y ella me observaba sin comprender. Caminó hacia mí, sus rizos rubios se mecieron sobre su hombro izquierdo con cada uno de sus pasos y se inclinó un poco para que sus ojos quedasen a la altura de los míos.

—Sé que no lo esperabas o me lo habrías dicho, así que entiendo que estés asustada, pero es una buena noticia... vas a tener un bebé —dijo con entusiasmo—. ¡Voy a ser tía!

Dejé el vaso de agua sobre la encimera y crucé los brazos bajo mi pecho para protegerme, sentí una oleada de frío recorrer todo mi cuerpo y di un paso en dirección hacia la puerta que me llevaba al pasillo.

—No es de tu hermano... —susurré antes de ir hacia la habitación y comenzar a hacer las maletas.

La vida es una sucesión de lecciones que deben vivirse para ser comprendidas.

Madrid en invierno era triste y melancólico, los copos de nieve caían despacio sobre el suelo cubriendo todo de un manto blanco y puro. El frío me rodeaba, lo sentía en la punta de los dedos, lo sentía en mis pulmones cada vez que respiraba y lo sentía en los latidos de mi corazón, que se habían ralentizado y apenas eran audibles.

Sentada en un banco del parque miraba la vida pasar, había regresado allí, a la ciudad donde todo comenzó, al lugar que desencadenó mi declive y me hizo perder todo lo que tenía, absolutamente todo...

Todavía podía recordar el rostro de Miguel cuando aquella noche llegó a nuestro apartamento y vio las maletas en la puerta, casi podía ver los engranajes de su cabeza atando cabos y pensando que de nuevo tendría que salir de viaje por el trabajo. Pero algo en su mirada me dijo que, aunque no supiera el motivo real, sabía con seguridad que ese sería mi último viaje, el que haría para no regresar.

Habían sido muchas señales a lo largo de las últimas semanas, había una distancia entre nosotros antes de aquel fatídico viaje, pero después fue como si un muro del tamaño de la gran muralla china nos separase. Distancia física y distancia emocional...

No podía mirar sus ojos sin sentirme culpable, no podía aceptar sus besos sin recordar aquellos furtivos en un callejón cerca de Malasaña, no podía dejar que me abrazase y esperar oler aquel almizcle rodeándome.

Ese fue el fin... y no solo destruí lo nuestro, rompí a Miguel en dos cuando le dije lo que había ocurrido, cuando las palabras por una vez fueron analizadas y salieron pronunciadas con exactitud. Rompí su corazón, rompí sus ilusiones y rompí sus sueños, lo rompí todo de él y también de mí.

Desde entonces no me permití vivir, no me permití disfrutar de nada, pero todo eso cambió, toda mi vida dio un vuelco cuando vi aquella imagen. Aquellas dos piernas, aquellos dos brazos y aquel diminuto corazón latiendo a toda velocidad. Todo había sido un error, uno muy grande y que había destrozado toda una vida juntos, pero todo error tiene su parte buena y *ella* era la mía.

Pasé una mano por mi abultado vientre cuando una patadita desde el interior me recordó que *ella* estaba allí y me prometí a mí misma que nunca, jamás, no le mentiría ni le ocultaría cosas, nunca la rompería a *ella*.

Apreté con fuerza el bolso contra mi pecho ocultando mi vientre abultado, sonreí con nostalgia y me dispuse a ponerme en pie para irme a mi nuevo apartamento. Pero una presencia sentada a mi lado me hizo detenerme, aquel olor a almizcle y un rápido vistazo me confirmaron el motivo por el que mi pecho vibraba con cada latido de mi corazón, porque mis manos temblaban y porque mi respiración se entrecortó.

Él estaba sentado a mi lado y me miraba alternando su vista entre mi rostro y mis manos, que ocultaban parcialmente mi vientre. Sonrió con nerviosismo y pasó una mano por su cabello despeinando aquellas hebras color carbón que parecían más cortas que la vez anterior.

—Creo que tenemos que hablar... —susurró.

Sus palabras se perdieron en el viento y otra patadita en mi interior me hizo reaccionar.

—Tenemos que hacerlo... —musité a media voz.

Imprevistos

No recuerdo en qué momento de la noche me quedé dormida. Los cálidos rayos del sol que se colaban entre las cortinas semiabiertas rebotaban en un espejo y se proyectaban hacia mi cara sin remordimientos. Cerré los ojos con fuerza y me cubrí la cabeza con las sábanas en un intento de alejar la luz, pero un estruendoso pitido irrumpió en el silencio de la habitación de hotel. Apagué el despertador de un manotazo y me desperecé con desgana.

Después de una ducha y un café rápido, me senté en la cama de aquella habitación mirando indecisa hacia mi maleta abierta en el suelo.

¿Qué me iba a poner?

Después de revolver todo durante varios minutos, me decidí por un vestido negro, vaporoso, anudado al cuello por dos finas tiras, que me llegaba unos centímetros por encima de la rodilla. Era algo sobrio, pero justo lo que necesitaba. Y, por supuesto, mis adorados tacones, también negros en esta ocasión, adornados con unas delicadas hebillas plateadas.

Me miré al espejo y suspiré.

— Vamos pequeña, que tú puedes — me dije a mí misma.

Me dejé el pelo suelto, las suaves ondas de color café caían hasta la mitad de mi espalda. Enmarqué de negro mis ojos marrones y apliqué un poco de brillo a mis labios.

Suspiré de nuevo. Hoy era el gran día.

Cuando las puertas del hall del hotel me mostraron la calle, un millón de mariposas revolotearon en mi estómago. Los nervios, que hasta ese momento se habían olvidado de mí, me dieron de lleno en la tripa y casi podía empezar a notar las náuseas a causa de ña ansiedad.

Caminé por la calle despacio, evité ir en taxi porque necesitaba respirar aire puro para serenarme. Pero era inútil, los nervios no me abandonaban, estaba tan nerviosa que llegado un momento necesité apoyarme en una farola para respirar profundamente, ya que la cabeza empezaba a darme vueltas. Tenía que controlarme, no podía llegar a mi primera entrevista de trabajo en ese estado. Inspiré y expiré profundamente un par de veces llenado mi cuerpo de valor, ese que, por supuesto no tenía, y continué caminando lentamente rumbo a mi destino.

No tardé en llegar.

El imponente rascacielos se alzaba amenazante ante mí y un estremecimiento hizo

temblar todo mi cuerpo. Respiré profundamente una vez más para tranquilizarme y, con paso firme, entré en el edificio.

El hall era enorme, había un mostrador de información a mi izquierda custodiado por dos jóvenes recepcionistas con sonrisas perfectas, fingidas, como no. Al fondo había cuatro ascensores: mi objetivo. Elegí uno al azar, pulsé el botón y mientras esperaba miré a mi alrededor. Las paredes estaban pintadas de un azul muy suave y unas enormes ventanas dejaban que la incipiente luz del sol iluminara la estancia, todo era amplio y luminoso, dándole un aspecto acogedor, pero a la vez muy pulcro y limpio.

La campanilla del ascensor anunciando su llegada me sobresaltó y con paso vacilante avancé hasta su interior. Pulsé la tecla que me llevaba hasta el piso quince y me poyé en una de las paredes para intentar controlar el temblor de mis piernas.

Una mujer de mediana edad y un hombre que parecía poco mayor que yo entraron detrás de mí.

— ¡Oh! — exclamó la mujer justo antes de que se cerrasen las puertas — . He olvidado unos documentos en el coche, voy a buscarlos y me reúno contigo en tu despacho.

El hombre sólo asintió y sonrió ligeramente. La mujer salió del cubículo, las puertas se cerraron con suavidad y comenzó a moverse.

El hombre comenzó a dar vueltas caminando impaciente, suerte que el ascensor era amplio. Se rascaba la barbilla y se apretaba el puente de la nariz intermitentemente. Se notaba bastante nervioso y, sus nervios sumados a los míos en un espacio tan reducido, serían una bomba de relojería a punto de estallar.

— Perdone — musité, él levantó la mirada y sus ojos verdes se clavaron en los míos. Por un momento olvidé lo que iba a decirle, pero enseguida recuperé la compostura —, ¿podría dejar de moverse tanto? Me está poniendo un poco nerviosa.

—Lo siento —susurró y bajó la mirada al suelo — . Hoy es un día importante y estoy un poco ansioso.

— No es necesario que lo jure — susurré para mí misma.

El pareció escucharme y sonrió con dulzura.

— Usted no parece muy tranquila tampoco — dijo con voz aterciopelada posando en mí su mirada.

Iba a contestarle, pero el ascensor hizo un movimiento extraño y con un molesto estruendo se detuvo. Y de repente todo se quedó a oscuras.

Inconscientemente casi dejé de respirar y me pegué más a la pared, sujetándome como podía con mis manos, para así sentirme un poco más segura.

Pasados unos segundos la bombilla de emergencia se encendió y el pequeño cubículo se inundó de la penumbra que esa suave luz proporcionaba. Con la mirada busqué a mi

compañero de "viaje" y lo encontré en la pared de enfrente en la misma posición en la que yo me encontraba. Si la situación fuese menos tensa estaría riéndome a carcajadas.

— ¿Qué ha pasado? — pregunté en un murmullo.

— No lo sé — contestó en el mismo tono de voz.

Pasaron unos minutos en los que ninguno de los dos movió ni un solo músculo. Cansada de estar en esa posición y prediciendo que la situación seguiría igual por tiempo indefinido, dejé que mi cuerpo descendiese lentamente hasta acabar sentada en el suelo. Flexioné mis rodillas y las abracé ocultando mi rostro entre ellas.

Pasaron unos minutos más en absoluto silencio, sólo se oían golpes sordos y gritos en la distancia a través de las paredes.

— ¿Qué cree que ha sucedido? — pregunté con voz apagada.

— Supongo que ha sido un apagón — contestó en un susurro —. Ha pasado alguna vez últimamente, el edificio está en obras.

Levanté ligeramente la cabeza y lo vi también sentado en el suelo frente a mí, me miraba con curiosidad y una medio sonrisa.

— ¿Sabe? Creo que esto es una señal — murmuró.

Yo levanté mi cabeza y lo miré inquisitivamente alzando una ceja.

— Hoy le iba a pedir a mi novia que se casase conmigo — explicó —. No sé si esto será una señal para que no lo haga.

Sonreí amargamente.

— Yo no creo en las señales — dije en tono mordaz —. En la vida no hay señales, sólo imprevistos.

Las señales a lo largo de mi vida no me habían servido de nada. Todas mis relaciones amorosas, con señales o sin ellas, habían fracasado estrepitosamente.

Nos quedamos en un cómodo silencio por un tiempo más. Tiempo que aproveché para fijarme más en mi compañero. Aunque ahora estaba sentado, recordaba que era alto, musculoso sin llegar al exceso, tenía una sombra de barba por no haberse afeitado esa mañana, su piel era algo más pálida que la mía, aunque tenía un ligero rubor en las mejillas, supongo que por el calor que allí hacía en ese momento. Calor que provocaba que unas ligeras gotas de sudor perlaran su frente, sobre la que caían algunos mechones de su ahora húmedo y revuelto cabello, que era de un color entre el rubio y el castaño claro.

Estaba bueno, de ese tipo de tíos que miras un par de veces porque con una sola no te llega. Un momento, detuve mis pensamientos en ese justo instante, no quería llegar más lejos, ya que me había prometido a mí misma no volver a mirar a un hombre con intenciones de algo más, aunque solo fuese para admirarlo.

Pero la verdad es que tenía que reconocerlo... estaba bueno, demasiado para mi salud mental, sobre todo teniendo en cuenta que estaba encerrada con él en un espacio tan pequeño y por tiempo indefinido.

Su cuerpo enfundado en ese caro traje de Armani tenía muy buena pinta, eso sin mencionar sus ojos verdes que me miraban como si pudiesen traspasarme. Y su sonrisa... sonreía de lado, socarronamente, como si supiese lo que estaba pensando de él.

¡Oh mierda! ¿Se habría dado cuenta de que lo estaba evaluando?

Inevitablemente mis mejillas se tiñeron de rojo y un par de gotas de sudor descendieron por mi nuca haciéndome estremecer. Me estaba muriendo de vergüenza ¿sería capaz de saber lo que estaba pensando? ¡Eso es imposible, estúpida! En la vida real la gente no va leyendo mentes por ahí.

De repente comencé a sentirme muy nerviosa. Las manos comenzaron a temblarme, mi respiración se volvió entrecortada y mi corazón latía desahogado. Cuando quise darme cuenta estaba jadeando buscando el aire que parecía que me faltaba y sujetándome a la falda de mi vestido con fuerza.

Dos fuertes y suaves manos me sujetaron con firmeza por los hombros y me zarandearon con suavidad. Abrí los ojos y otros de color verde me observaban preocupados. Podía ver como sus labios se movían acompasadamente pero ningún sonido llegaba a mis oídos, solo los fuertes jadeos que salían de mi pecho eran captados por ellos.

Mi cuerpo temblaba y se estremecía sin control, estaba en mitad de un ataque de pánico, era consciente de ello, pero no sabía cómo detenerlo. Cómo de la nada, unos suaves labios se posaron sobre los míos y me quedé paralizada. Mi respiración se detuvo y mi corazón se saltó un latido. Una sensación como de electricidad recorrió todo mi cuerpo haciendo que me sintiese como si caía al vacío y mis ojos se abrieron de par en par, encontrándome de frente con mi compañero de viaje pegado a mi rostro con los suyos entrecerrados. Mis manos, que antes estaban sujetando mi falda, ahora sujetaban las mangas de la chaqueta de aquel tipo, tan fuerte que no sabía si podría llegar a abrirlas si me lo propusiese.

Se separó antes de lo que hubiese deseado. Sus labios eran suaves y dulces y por la sorpresa del momento no pude saborearlos en todo su esplendor. La cabeza comenzó a darme vueltas y me di cuenta de que todavía no había vuelto a respirar. Volví a jadear, pero esta vez no era por nervios, era por necesidad.

— ¿Por qué no me ha dicho que tenía claustrofobia? — dijo burlándose.

—¡ Porque no lo sabía! —exclamé con ironía—. No acostumbro a quedarme encerrada en ascensores con desconocidos que me besan sin más —aunque ese pequeño contacto me había encantado, no dejaría que lo supiese.

Rio ligeramente e intentó sentarse a mi lado, pero no pudo.

— ¿Puede soltarme? — preguntó sonriendo.

Miré mis manos y todavía sujetaban con fuerza las mangas de su chaqueta. Al soltarlas vi tremendas arrugas que mis manos provocaron y me avergoncé tiñéndome nuevamente de rojo.

— Lo siento — susurré, creo que demasiado bajo, mientras intentaba alisar las arrugas con la yema de los dedos.

Él detuvo mis movimientos y se sentó a mi lado, mirando al frente. Yo me sentía más tranquila, pero en mi mente no dejaban de dar vueltas las sensaciones que habían atravesado mi cuerpo cuando sus labios se posaron en los míos.

— Lo siento — susurró de repente, sorprendiéndome. Yo lo miré con el ceño fruncido sin saber por qué se estaba disculpando — . Por besarte, un día vi en un documental que era eso o una bofetada y, como comprenderás, no iba a pegarte.

— ¿Ahora me tuteas? — pregunté sin saber muy bien por qué, la poca distancia que nos separaba me alelaba irremediabilmente.

— Te he besado — y su sonrisa torcida volvió a aparecer dejándome nuevamente sin respiración — . Creo que se puede tutear a las personas que se han besado.

Sonreí tímidamente y me encogí de hombros, si para él esa justificación era suficiente, no le llevaría la contraria. Que me tuteara lo que quisiera, pero que volviera a besarme, por favor...

Alejé esos pensamientos de mi mente, con lo obvias que son mis expresiones seguro que se daría cuenta en menos de nada.

El calor era cada vez más sofocante, el hombre se levantó y se quitó su chaqueta dejándola caer al suelo delante de mí. En uno de sus bolsillos se veía que tenía un par de estilográficas, así que, ni corta ni perezosa cogí una de ellas y me recogí el pelo con ella. Me miró sonriendo y yo volví a encogerme de hombros.

— Tú me besas y yo te tomo prestada una pluma — le dije con suficiencia.

Volvió a sonreír de lado y negó suavemente con la cabeza. Apartó su mirada de mí y suspiró sonoramente. Me mordí la lengua para no preguntarle que le pasaba... aunque en el fondo me interesaba más de lo que debiera.

Metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una caja de joyería de terciopelo rojo. La abrió y me mostró el contenido. Era un anillo de oro blanco con un enorme diamante engarzado. Al verlo se me encogió el pecho al pensar que nadie me regalaría a mi nada que se le asemejara siquiera.

—Tengo una reserva para "*La Bella Italia*" —comenzó a explicar — . Me ha costado un riñón conseguirla, pero creía que ella lo merecía.

— ¿Creías? ¿Ya no lo crees? — no pude evitar que esas palabras saliesen de mis labios. Inexplicablemente sentía demasiado interés por el hombre que estaba sentado a mi lado.

Se encogió de hombros y me miró sonriendo.

— Las señales están para algo...

Su tono de voz soñador y a la vez convencido de lo que estaba diciendo me puso nerviosa, ¿en qué mundo vivía ese personaje? La vida era complicada y dura, no podía guiarte de las “señales” para tomar decisiones tan importantes como la de decirle a una persona que comparta la vida contigo. No se podían dejar al azar ese tipo de cuestiones, casarse no era algo para tomarse a la ligera, al menos bajo mi punto de vista, no veía lógico lo de ese hombre, no podía tomarme en serio a una persona que tomase decisiones de ese calibre en base a las señales del destino.

— Si quieres tirar tu vida por la borda sólo por quedarte encerrado en un ascensor con una desconocida que te roba plumas... tú sabrás — le espeté con indiferencia.

Soltó una enorme carcajada sin dejar de mirarme.

— Eres extraña — dijo por fin tras varios segundos riéndose, yo debí mirarlo mal porque su expresión cambió y comenzó a explicarse — . No en el mal sentido... es que nunca he conocido a nadie como tú.

— No me conoces — contesté con más frialdad de la que pretendía.

Otra de las cosas que a base de tortazos me había enseñado la vida, es que las primeras impresiones nunca son las acertadas, todo el mundo esconde un lado oscuro, hasta yo misma lo tenía.

Suspiró y se quedó en silencio con la mirada clavada en algún punto de la pared de enfrente. Después la que suspiró fui yo... quizás me había pasado. Él solo intentaba ser amable y pasar un rato entretenido mientras permanecíamos encerrados.

— Lo siento — susurré.

Levantó la cabeza y me miró confuso.

— No importa... — dijo — . Has dicho la verdad, no te conozco... aunque no me importaría.

Lo miré incrédula, ¿estaba intentando decirme algo? No podía ser... alguien como él, nunca se fijaría en una chica tan poca cosa como yo. Negué enérgicamente con mi cabeza mientras murmuraba.

— Si lo hicieses te decepcionarías... en el fondo no soy tan interesante.

— Déjame que dude eso... o mejor todavía — algo brilló en sus ojos mientras una idea cruzaba por su cabeza — ¿Por qué en lugar de cenar Katy, esta noche vienes conmigo y nos conocemos mejor?

Lo miraba con la sorpresa pintada en mi cara... no podía estar hablando en serio.

— ¿Quién es Katy? — pregunté.

— Es mi prom... mi novia — susurró — . O al menos lo era hasta hoy.

— ¿Otra de tus señales? —le pregunté alzando una ceja.

Río con intensidad... y no pude evitar registrar el sonido de su risa como uno de los mejores que había escuchado en mi vida.

— No, digamos que ha sido un imprevisto —se burló de mí.

— No pienso ir a esa cena... — dije muy segura de mí misma.

— ¿Por qué? — preguntó mostrando verdadero interés.

— Si tus señales te dicen que no vayas con Katy, no lo hagas, pero yo soy el segundo plato de nadie — espeté sin detenerme a tomar aire.

Volvió a sonreír de lado y a negar con su cabeza.

— ¿Qué te parece tan gracioso? — inquirí con frialdad.

— Te diré esto por experiencia, aun pecando de ser engreído —comenzó a explicar — . Pero cualquier chica mataría por ir a cenar conmigo, más si es en “*La Bella Italia*” y tú... me rechazas sin más, por simple orgullo.

— No es sólo por orgullo —dije dedicándole una mirada acusatoria — . Y sí, eres demasiado engreído.

Volvió a carcajearse en mi cara... no le entendía. Nunca me había topado con un tipo como él. Estaba bueno, pero... ¿qué digo? Estaba muy bueno y tenía ese punto de chico malo que lo hacía irresistible. Pero en cuanto abría la boca perdía todo el encanto, era un capullo disfrazado de príncipe azul.

— Si no es por orgullo ¿por qué es entonces? — volvió a preguntar.

— No eres mi tipo —contesté tranquilamente—, en realidad ningún chico es mi tipo. En mi vida no hay lugar para cenas románticas, velas y esas cosas.

— ¿Eres homosexual? — preguntó de repente dejándome fuera de juego.

Me quedé paralizada y casi me atraganto con mi propia saliva... ¿homosexual yo? Si lo fuese no estaría conteniendo la baba que se me cae cada vez que lo miro más de dos segundos seguidos.

— No es de tu incumbencia, pero no, ni siquiera me lo he planteado nunca — dije con un hilo de voz.

— ¿Entonces, cuál es el problema? ¿Por qué no quieres cenar conmigo?

— Te repito, que no es de tu incumbencia — mi tono de voz frío y amenazante volvió a salir a flote.

Ese chico lograba sacarme de mis casillas sólo con abrir la boca. Si no estuviese tan bueno ya le habría enviado a un lugar que me sé yo. Me puse en pie y comencé a caminar en círculos para tranquilizarme. No sabía si estaba tan nerviosa por el encierro o por tener que compartirlo con el engreído sexy... suspiré abatida mientras mi mirada se perdía en el techo y me apoyaba en una de las paredes.

— ¿Te molesta mi presencia? — preguntó sobresaltándose.

— Mientras permanezcas con la boca cerrada, podré soportarlo — dije en tono neutro. Sin apartar la mirada del techo.

De repente noté una cálida respiración en mi cuello.

— Pues tápamela — susurró en mi oído antes de besar mis labios con premura.

Me tensé, pero en lugar de parar, el continuó besándome. Sujetó mi cintura con fuerza y me atrajo hacia él, noté su sexo excitado contra mi vientre e, involuntariamente, un ahogado gemido salió de mi garganta.

Sin entender muy bien porque, mi cuerpo respondió a ese beso y mis manos rodearon su cuello. ¿Qué no sé por qué? De acuerdo, si que lo sabía, porque el engreído estaba muy bueno y con solo mirarlo me ponía mala.

Sus manos acariciaban el pedazo de piel de mi espalda que el vestido no tapaba y las mías se enredaban en su pelo atrayéndolo más hacia mí. Se apartó un poco clavando sus verdes ojos en los míos.

— Ves cómo puedes mantenerme callado — digo muy pagado de sí mismo.

Agarré su corbata y de un tirón lo atraje hacia mí, chocando sus labios con los míos de nuevo. ¡Qué bien besaba! Se movía con maestría contra mi boca, su lengua, húmeda y juguetona se abrió paso entre mis dientes y exploraba con esmero. La mía no se quedaba atrás y, juntas, se enredaban en una batalla en la que ninguno de los dos perdía.

Me estreché más contra su cuerpo, su miembro completamente excitado se clavó en mi bajo vientre e instintivamente mis caderas se encajaron entre las suyas. Dejé mis labios para recorrer besando cada centímetro de la piel de mi cuello. Yo suspiraba acalorada y me mordía el labio inferior para evitar los gemidos.

Sus manos subieron por mi espalda hasta mi cuello, donde de un solo tirón desató las tiras que ceñían mi vestido. Se apartó ligeramente mientras observaba con atención como la fina tela descendía por mi cuerpo dejándome ante él sólo con unas pequeñísimas bragas de encaje negro. En ese momento agradecía a los dioses haberme olvidado de meter la ropa interior de algodón en la maleta.

— Preciosa — susurró en mi oído enviando mil descargas por todo mi cuerpo.

Volvió a atacar mis labios, pero yo no me quejaba... sus manos acariciaron con delicadeza mis pechos. Cuando sus pulgares rozaron mis pezones, ya excitados y

erectos, un ligero gemido abandonó mi garganta.

Mis dedos, torpes y temblorosos, fueron hasta su cuello aflojando su corbata y luego desabrochando uno a uno los botones de su camisa. Cuando tuve frente a mí su pecho completamente expuesto, mis labios se aventuraron a explorar y lo recorrí por completo dejando un camino de besos y caricias húmedas con mi lengua, memorizando todos los pliegues de su piel.

Él suspiraba y gemía sin control y a mí me encantaba la sensación de ser yo quien arrancaba esas sensaciones en él. Sus manos, de un rápido movimiento, se deshicieron de mi tanga partiéndolo en dos y casi grito cuando sus dedos acariciaron lentamente mi sexo.

— Estás tan húmeda... — murmuró en mi oído.

Tuve que ahogar un jadeo, no entendía como era capaz de provocarme sólo con su voz. Con torpeza desabroché su cinturón y su pantalón, que lentamente descendió por sus caderas hasta llegar a las rodillas. De un manotazo bajó también su bóxer, dejando expuesto ante mí su miembro, de un tono más oscuro que el resto de su piel, brillante y erguido. Mis manos casi automáticamente fueron directas a él, acariciando su punta suavemente. Dejó caer su cabeza hacia atrás y suspiró con fuerza cuando una de mis manos lo rodeó y lo acarició con lentitud descendiendo hasta la base.

Ahogó un gemido gutural y una de sus manos golpeó ligeramente la pared al lado de mi cabeza.

— ¡Joder! —mascullóentre dientes — Ya basta de juegos.

Se agachó y sacó un condón de su cartera. Se lo arranqué de las manos y se lo puse muy despacio, quizá demasiado, porque su cara reflejaba las ansias que tenía de acabar con todo eso de una vez, ¿o quizás lo que quería era empezar?

Cuando ya lo tenía completamente puesto agarró mi cintura y me alzó en vilo. Grité ligeramente, pero mis piernas rodearon su cintura con firmeza. Volvió a besarme con urgencia, explorando con su lengua lugares casi desconocidos de mi boca. Mis manos, enredadas en su cuello y en su pelo, lo atrajeron con fuerza y necesidad hacia mí.

Sus brazos aflojaron su agarre y mi cuerpo descendió ligeramente, enseguida noté su duro miembro en la entrada de mi sexo, gemí contra sus labios cuando se fue abriendo paso dentro de mí. Lentamente toda su longitud se acopló perfectamente en mi interior, jadeé frenéticamente buscando aire cuando sus labios liberaron los míos.

Sus caderas comenzaron a moverse en un vaivén acompasado que casi me hacía desfallecer, sus vestidas eran fuertes, pero a la vez cuidadas con esmero y precisión. Mientras besaba mis labios una de sus manos estaba aferrada a mi trasero empujándome contra él, y la otra masajeara delicadamente mis pechos pellizcando mis pezones.

Liberó mi boca y clavó sus ojos en los míos, en ellos se leía la necesidad y el deseo que lo poseían en ese momento. En mi estómago, poco a poco se fue formando una espiral, giraba y giraba, en cada embestida con más velocidad.

— ¡Joder! — volvió a gritar en mi oído.

De repente la espiral comenzó a girar mucho más rápido, enviado oleadas de calor y placer por cada una de mis terminaciones nerviosas. Él volvió a gemir en oído y en dos escodas más la espiral explotó liberando todo el placer contenido a lo largo de mi cuerpo.

Perdí toda noción del tiempo y el espacio, jadeé, gemí, grité... realmente no sé lo que hice porque mi alma abandonó mi cuerpo en ese mismo instante. Una embestida más y me dejé caer pesadamente contra su pecho.

Su risa musical en mi oído me trajo de nuevo a la realidad y lo miré con los ojos entrecerrados.

— ¿Te encuentras bien? — preguntó en un susurro.

Asentí casi sin fuerzas y, al mirar a mi alrededor, nos vi sentados en el suelo y a mí apoyada ligeramente en su cuerpo desnudo. Me estrechó entre sus brazos y besó mi pelo con ternura inspirando con fuerza a la vez.

— Qué bien hueles... como a jazmín — susurró casi para sí mismo.

Yo no contesté, estaba demasiado ocupada buscando aire e intentando controlar los latidos de mi corazón.

Un rato después me ayudó a vestirme, haciendo él lo mismo. Nos quedamos abrazados en el suelo, recostados uno sobre el otro. En silencio. Algo había cambiado y ambos lo sabíamos, así que no hacían falta las palabras.

Finalmente minutos después el ascensor continuó su marcha, nos pusimos en pie en seguida, y cuando se abrieron las puertas nos miramos con una sonrisa. Avanzó él en primer lugar, dándose la vuelta en el hueco abierto, sonrió de lado y quitó la pluma de mi cabello, haciendo que cayera desordenadamente sobre mis hombros. Con su mano colocó un mechón rebelde detrás de mi oreja y mi corazón volvió a danzar alocado.

— Así estás más guapa — susurró con una mirada pícara.

Se dio la vuelta y desapareció perdiéndose en los pasillos. Miré hacia el panel del ascensor y estaba en mi piso, así que apresurada busqué unos baños para adecentarme un poco.

Minutos después estaba frente a la mesa de una secretaria preguntando por la persona que tenía que hacerme la entrevista y disculpándome mil veces por mi tardanza.

— No se preocupe, el señor también ha llegado tarde por culpa del apagón — me dijo con una sonrisa tan fingida como la de las recepcionistas del hall — . Sígame, ya la

está esperando.

La seguí a través de una pequeña sala y abrió una puerta.

— Está aquí la señorita a la espera — dijo a la persona que se encontraba en el interior de aquel despacho.

Con la mano me indicó que pasara y, al hacerlo, un par de ojos verdes me miraron con sorpresa. Ahogué un jadeo cuando vi que el engreído sexy me miraba con picardía y su sonrisa de lado.

Negó suavemente con la cabeza y agarró el auricular de un teléfono que había sobre su mesa.

— Jessica — dijo con su voz de terciopelo —, cancele mi cita de esta noche, dígale a Katy que me ha surgido un imprevisto.

Colgó y se volvió hacia mí poniéndose en pie. Metió la mano en su bolsillo y volvió a sacar la caja de terciopelo. Sin dejar de mirarme la dejó caer en la papelera y sonrió de lado otra vez.

— Ahora me dirás que no crees en las señales... — susurró.

— Sólo ha sido un imprevisto — contesté encogiéndome de hombros.

Tattoo

—¡Alba! —chilló Sofía en cuanto me vio— ¿Lo vas a hacer de verdad? —en su voz se notaba un matiz de incredulidad, pero que poco sabía ella... estaba completamente decidida, es más, ya lo tenía todo planeado.

—Sí, Sofi... lo voy a hacer —contesté en tono monocorde.

Habíamos tenido esa conversación a lo largo de las últimas dos semanas y ella no había conseguido convencerme, no sé porque esperaba que fuese diferente esa vez.

—Eso es una agresión a tu cuerpo... ¿te das cuenta de que estará ahí el resto de tu vida? —preguntó alzando la voz, como si pensase que así sería más fácil convencerme.

—Eso espero... —suspiré sonriendo.

—¡Estás loca! —chilló una vez más.

—Gracias —espeté sonriendo con ironía.

Sofi bufó exasperada y se dejó caer al sofá con los brazos cruzados mientras murmuraba cosas para sí misma.

—¿Cuándo? —preguntó después de unos minutos.

Sonreí ampliamente.

—Me han dado cita para esta tarde en el estudio que hay al lado del centro comercial —contesté con alegría.

Una mueca extraña cruzó el rostro de mi amiga.

—¿Ese cuchitril? ¿Seguro que tiene todas las licencias de sanidad? —preguntó escéptica.

—Me las enseñarán antes de comenzar —relaté de nuevo con voz cansada.

—Espero que sea una chica la que te lo haga... enseñarle el culo a un tío no está entre tus "*principios*" —dijo marcando las comillas en el aire.

—No sé quién me lo hará, el chico que atendió al teléfono me dijo que me lo haría el mejor —fruncí el ceño al recordar las palabras de mi amiga—. Pero mis "*principios*" —hice las comillas en el aire yo también—, no son tan arraigados. Aunque eso no importa... —sonreí y me removí inquieta— lo que es de verdad importante, es que en unas horas por fin tendré mi tatuaje.

Ella bufó de nuevo y se puso en pie.

—Estás completamente loca... —masculló antes de coger su bolso y dirigirse a la salida—, ni pienses que vaya a ir contigo, tú solita lo has decidido, tú solita afrontas las consecuencias.

—Sofi —lloriqueé haciendo un puchero como los que había aprendido a hacer de ella.

—No, no... —negó con la cabeza— ¡Te jodes! Si un tío que se llama Lolo te magrea el culo para hacerte tu... "*tatuaje*" ¡te aguantas! —espetó con los ojos entrecerrados.

Lo siguiente que oí fue la puerta principal de mi apartamento cerrándose de un portazo. Sonreí y negué con la cabeza... Sofía, así era mi mejor amiga. Si algo no le gustaba te lo decía y ya... no se esforzaba en quedar bien ni en aparentar lo que no era. Yo la quería y siempre me había dejado llevar por sus consejos, o al menos siempre los he

tenido en cuenta a la hora de tomar mis propias decisiones. Pero esta ocasión era diferente. Después de años y años de espera, por fin tendría mi tatuaje y ni ella ni nadie iba a impedírmelo ni a matar la ilusión con la que me lo iba a hacer.

Tres horas después avanzaba con paso decidido a lo largo de las calles del centro, la ciudad era un hervidero a esa hora de la tarde, todos iban y venían sin preocuparse de que yo iba a dar un paso importante, algo que me acompañaría el resto de mi vida y esperaba que fuese el primero de unos cuantos más que ya tenía en mente.

En cuanto divisé el estudio apuré el paso, tomé aire y crucé las puertas de cristal que lo separaban de la calle. Al entrar allí las paredes pintadas de color blanco con tribales celtas en negro fue lo primero que llamó mi atención, no era nada sobrecargado, eran los motivos justos para estar en perfecta armonía con el mobiliario, que consistía en un mostrador también blanco y un sofá de cuero negro a modo de sala de espera.

Tras el mostrador había un chico moreno, alto y fornido, que nada más verle me impresionó bastante. Sus ojos azules eran de un tono electrizante, casi parecían lentillas de lo azules que se veían y como llevaba una camiseta de tirantes los músculos de sus brazos se marcaban amenazadoramente. Pero todo rastro de miedo que pude sentir desapareció en cuanto una sonrisa curvó sus labios y unos hoyuelos se marcaron en sus mejillas.

—Bienvenida... ¿en qué puedo ayudarla? —preguntó en tono profesional.

Su sonrisa me hizo sentir segura y, aunque era un completo desconocido, me tragué mi habitual timidez y me armé de valor.

—Llamé hace un par de días y envié mi diseño por e-mail, me dieron cita para esta tarde —dije también con una sonrisa.

—¿Alba? —preguntó mientras lo comprobaba en el ordenador.

—Sí —aclaré con una sonrisa nerviosa.

—De acuerdo —volvió a sonreír—, el artista ya te está esperando. Adelante —dijo haciendo un movimiento con su mano invitándome a cruzar una puerta—. Entra sin llamar, ya está todo listo —aseguró sin borrar la sonrisa.

Asentí mientras sonreía y avancé un poco nerviosa, después de todo, no todos los días te haces un tatuaje y mucho menos el primero, para eso era completamente virgen. Abrí la puerta con seguridad y el color verde quirófano en las paredes me golpeó de lleno en los ojos.

Parpadeé un par de veces y miré el resto de la habitación, a uno de los laterales había una mesa con una bandeja en la que estaban los diferentes utensilios que necesitaba el tatuador, junto a esta, una silla regulable en altura que parecía muy cómoda, pegada a la silla había una camilla cubierta con el papel ese que en cuanto te sientas siempre se rompe haciendo que te sientas más avergonzada que nunca, al fondo había un biombo color crema y junto a este una puerta que estaba entornada y se oía a alguien haciendo ruido en su interior.

Cerré la puerta tras de mí y suspiré.

—¿Hola? —dije en voz alta.

Algo se cayó tras aquella puerta y escuché como una voz masculina maldecía entre dientes, después la puerta se abrió por completo y mi mandíbula se descolgó al instante. Por ella salió el profesional que me haría mi tatuaje... ¡pero qué profesional! Alto, ni muy musculoso ni muy flaco, simplemente fibroso, con los ojos oscuros y el rapado. Llevaba puesta una camiseta de manga corta blanca, que dejaba ver sus brazos tatuados, aunque no en exceso. Y unos tejanos negros abrazaban sus caderas de un modo que dejaba muy poco a la imaginación. Además estaba también su rostro, que era anguloso y de facciones fuertes, pero tremendamente atractivo, sus cejas espesas y sus labios finos.

Cerré la boca de golpe y tragué en seco cuando me di cuenta de que tenía que enseñarle el culo a semejante adonis.

—Hola —dijo con una sonrisa esquinada haciendo que el aire se me atorara en la garganta— Alba, ¿verdad? —preguntó acariciando cada sílaba.

Y pese a que mi nombre nunca había sido santo de mi devoción, escucharlo de sus labios casi me lleva al colapso... lo peor fue cuando me di cuenta de que las próximas horas tenía que compartirlas con él mientras me magreaba el culo... de repente esa visión no me pareció tan mala.

—Exacto —contesté con una sonrisa mientras inconscientemente estiraba mi espalda ligeramente para que mis pechos se marcaran un poco más contra la camiseta que llevaba.

—Muy bien... pasa por aquí y siéntate por favor —me señaló la camilla y él volvió a meterse en la habitación.

Inspiré profundamente y caminé con pasos decididos hasta que me senté en la camilla, mis pies colgaban ligeramente y para evitar la imperiosa necesidad de balancearlos adelante y atrás como una niña pequeña, crucé las piernas a la altura de los tobillos. Segundos después, él salió de la habitación con un papel entre las manos y, acercándose hasta donde me encontraba, se sentó en la silla y me miró entre sus pestañas.

Evité desviar la mirada avergonzada como solía hacerlo siempre, no podía mostrarme tímida con él cuando después tenía que enseñarle el culo. En ese momento me acordé de Sofi... si pudiese comprobar por sí misma que el Lolo de su imaginación no se parecía en nada a este...

—¿Esté es el diseño que nos enviaste hace unos días? —preguntó extendiéndome el papel.

Lo tomé con manos temblorosas y pude ver perfectamente la mariposa que el novio de Sofi había diseñado para mí un par de semanas atrás, él era arquitecto y siempre se le había dado muy bien dibujar, así que cuando le pedí ayuda con eso, no dudó en hacerlo.

—Sí... es este —sonreí y le devolví el papel.

El chico también sonrió y me pareció ver una pizca de picardía en su mirada, pero se lo achaqué a que con lo nerviosa que me sentía me estaba imaginando cosas.

—Aquí pone que lo querías en una de tus nalgas —dijo bajando un poco el tono de voz.

—Sí... —tragué en seco— en la izquierda.

—Bien... —carraspeó— pues pasa tras el biombo y... esto... quítate los tejanos y si no es de un tamaño que pudiese molestarme puedes dejarte puesta la ropa interior —ahora sí que no eran imaginaciones más y me estaba mirando de un modo extraño. Me extendió una especie de sábana y la tomé con mis manos temblorosas.

Casi corrí hasta el biombo y me desnudé todo lo rápido que pude, miré hacia abajo, a aquel culotte de encaje azul que tanto me gustaba, pero que hoy me molestaba demasiado y sin pensar realmente en lo que estaba haciendo lo bajé y me quedé completamente desnuda de cintura para abajo. Me arrepentí y juré por lo bajo por no hacer caso a Sofi y utilizar un tanga más a menudo... pero no pensé más y envolví mis caderas con aquella pequeña sábana que me entregó, respiré hondo una vez más y salí hacia allí, él estaba de espaldas a mí y estaba manipulando algo sobre la mesa.

—Ya estoy lista —susurré sentándome en la camilla.

Él me miró por sobre su hombro y sonrió.

—Está bien... —suspiró—. Vamos a hacer esto un poco más fácil, así que tienes que confiar un poco en mí —volvió a sonreír y yo también lo hice involuntariamente—. Me llamo Mateo, y... bueno... si te sientes incómoda en algún momento, solo tienes que decírmelo.

—De acuerdo... —asentí.

—Si tienes alguna pregunta, solo dilo e intentaré solucionarlo —se puso unos guantes de látex negros y sonrió.

—¿Tardarás mucho? —pregunté frunciendo los labios.

—¿Tienes prisa por algún motivo? —preguntó con una ceja alzada y yo negué con la cabeza—. No tengo una pauta de tiempo, pero es un dibujo que nunca he hecho y... bueno... no sé lo que tardaré exactamente, pero me llevará al

menos un par de horas.

—De acuerdo... —susurré, tenía dos horas para mirarlo y nunca borrar de mi mente esa imagen...— ¿Duele?

Soltó una risita y negó con la cabeza.

—No tanto como dicen... —sonrió para tranquilizarme mientras rebuscaba entre los botes de pinturas de diferentes colores y escogía los adecuados para mi dibujo— ¿Te has depilado con cera alguna vez? —fruncí el ceño ante lo extraño de su pregunta, pero asentí de todos modos, Sofi me arrastraba a un salón de belleza de vez en cuando, estaba deseando poder hacer la depilación láser para no tener que hacerlo más—. Es un dolor similar, al comienzo sí duele, pero poco a poco solo se convierte en una molestia, además, en las nalgas no estaré trabajando sobre ningún hueso y eso duele menos —me guiñó un ojo y yo me tensé sin saber muy bien porque—. Vamos allá... —dijo con un suspiro— tumbate boca abajo y comencemos.

Hice lo que me dijo y sentí como descubría mi trasero y deslizaba por él un algodón humedecido con algún líquido fresco.

—Primero te pondré la plantilla t podrás ver si te gusta como queda —dijo mientras sentí como manipulaba algo sobre mi piel—. Ponte en pie y mírate al espejo.

¿Pero había un espejo? ¡Ah, sí! No me había fijado. Con las mejillas un poco enrojecidas, me puse en pie batallando con la dichosa sábana para que no se me cayese y le enseñase a Mateo toda mi... mi alma.

— Está bien, me gusta así —susurré a media voz cuando comprobé la ubicación del dibujo.

—Vuelve a tumbarte —me pido con voz suave—, puedes preguntarme lo que quieras si así estás más tranquila —repitió—, ¿es tu primer tatuaje?

—Sí —contesté nerviosa

—El ruido puede impresionar un poco —dijo justo antes de encender la máquina y que un sonido estridente inundase la sala—, pero no es para tanto —aseguró.

Comencé a sentir los leves pinchacitos sobre mi piel y me tensé un poco, pero unos minutos después solo sentía que me estaba tocando, pero apenas dolía, estaba siendo más fácil de lo que pensaba en un primer momento.

—¿Hace mucho que te dedicas a esto? —pregunté para romper el silencio que comenzaba a ponerme un poco nerviosa.

—Un par de años que lo hago a tiempo completo... antes solo como hobby, no era mi trabajo habitual —contestó.

Giré mi cabeza para poder mirarlo y casi me arrepiento al instante, tenía el ceño levemente fruncido y estaba completamente concentrado en lo que hacía... se veía simplemente perfecto.

—¿A qué te dedicabas? —pregunté confundida.

—Estudí medicina e hice mi residencia, pero urgencias no lo es lo mío —contestó con una sonrisa y mirándome a los ojos unos segundos—. Esto me gusta más, aunque gane menos dinero.

—Vaya... nunca lo habría imaginado —dije sorprendida.

—¿Si me pongo una bata blanca lo creerías mejor? —preguntó divertido.

—No será necesario —dije ruborizándome levemente ante la imagen mental de verlo con una bata de médico... solo con la bata de médico—, es solo que no tienes pinta de... médico... —balbuceé.

—Pues mis años me ha costado la carrera —volvió a sonreír—, pero esto también me gusta y no quiero renunciar a ello.

Continuamos en silencio unos minutos más.

—¿Tú a qué te dedicas? —preguntó en tono casual.

—Acabo de licenciarme en filología... esto es mi auto regalo por el esfuerzo —sonreí mientras lo decía.

—Pues... enhorabuena —volvió a sonreír y yo pensé que se me caerían las bragas si no fuese porque no las tenía ya.

—Gracias —susurré azorada.

—¿Ya tienes trabajo? —preguntó a lo que negué con un movimiento de cabeza— Pues... suerte con ello.

—Gracias — susurré levemente aturdida.

Nos quedamos en silencio unos minutos más, lo que lo único que se escuchaba era el sonido de nuestra respiración y el motor de la máquina mientras me hacía el tatuaje. Me estaba poniendo cada vez más nerviosa y lo peor es que no sabía el motivo, bueno... realmente sí que lo sabía: Mateo estaba como quería y eso me estaba afectando más de lo que quisiese admitir.

—A tu novio le encantará esto —murmuró casi para sí mismo.

—Lo dudo —contesté con una sonrisa, él me miró unos segundos y mi sonrisa se amplió—, para que le gustase tendría que tener uno... y no es el caso —añadí.

Me pareció ver una sonrisa en sus labios también, algo muy leve, pero pudo ser producto de mi imaginación, no quise darle importancia y me concentré en contar las baldosas del suelo mientras aquel sonido continuaba inundando el ambiente.

—¿Eres de la ciudad? —su pregunta me tomó por sorpresa y casi doy un brinco, volví a mirar de nuevo hacia atrás y él me miró unos segundos antes de volver su atención al dibujo.

—No... soy de un pueblo al lado de aquí al lado —contesté en un murmullo—. ¿Tú?

—Sí, nacido y criado.

Casi sin darnos cuenta, comenzamos una conversación muy animada, comentamos sobre nuestras aficiones, gustos... recordamos nuestra infancia y sin querer volvimos de nuevo a un tema escabroso: la usencia de pareja.

—¿Y por qué no tienes novio? —me había preguntado con una ceja alzada.

Yo fruncí los labios durante unos segundos y suspiré.

—Tuve uno hasta hace poco, se llamaba Miguel y era algo así como el novio que toda madre quiere para su hija —expliqué entre titubeos.

—¿Y a la hija no le gustaba el novio?

—Para nada... —espeté— las cosas comenzaron a volverse monótonas y aburridas, siempre hacíamos los mismo, con la misma gente, en los mismos lugares... cuando lo dejé se puso muy melodramático y lloriqueó durante un par de horas en mi puerta suplicando que volviese con él...

—No lo culpo... —dijo en un murmullo.

—¿Y tú, por qué no tienes novia? —me atreví a preguntar.

Él resopló y me miró un par de segundos volviendo su atención a mi trasero.

—Quizás me pasó lo mismo que a ti con tu Miguel, pero yo no pude darle nombre hasta hace poco. Un día me cansé, fui al apartamento de la chica con la que estaba, recogí todas mis cosas y le dejé una nota de despedida con la llave que me había dado.

—¿No te parece que has sido un poco cabrón con eso? —fruncí el ceño y pregunté sin pensar— Podrías haber dado la cara al dejarla.

—Si tu Miguel se puso melodramático, esta chica lo habría hecho diez veces peor —negó con la cabeza—. Ella puede llegar a ser exasperante de lo mucho que exagera las cosas, estoy seguro de que si entra ahora mismo aquí y nos ve en esta situación pensaría que hemos tenido sexo o algo así.

—Que exageración... —murmuré con una risita nerviosa.

Pero mi alocada imaginación comenzó a hacer de las suyas:

Sexo...

Con Mateo...

En la camilla, mientras me sujetaba el pelo con fuerza y me penetraba con violencia...

¡Oh joder...!

“Alba, deja de pensar guarradas que cuando te levantes habrá un charquito en el papel”

—¡Teo me voy! —el chillido del chico que estaba en recepción se escuchó desde el otro lado de la puerta— *Apago las luces y cierro la puerta.*

—De acuerdo, hasta mañana —contestó Edward.

—*Hasta mañana* —y lo siguiente en escucharse fue la puerta cerrándose y el cerrojo justo después.

—Esto ya está... —murmuró Mateo mientras yo todavía intentaba alejar de mi mente su imagen con la mía, enredados sobre la camilla, cubiertos de sudor y gritando en mitad de un orgasmo.

—¿Ya está? —mi voz se alzó dos octavas a la vez que me giraba, o más bien intentaba girarme para poder verme el culo y la mariposa en él.

—Espera, te traeré un espejo —dijo entre risas a la vez que me sonrojaba—, tienes mucha elasticidad, pero no la suficiente para verte el trasero a ti misma —bromeó colocando el espejo para que me viese.

—Muy gracioso —mascullé—. ¡Ha quedado genial! —chillé al ver mi mariposa justo como la quería.

—Me alegro de que te guste, esto... —carraspeó y dejó espejo a un lado— voy a extender un poco de crema en la zona, intenta no moverte o podría hacerte daño.

—De acuerdo —susurré colocándome bien e intentando relajarme, pero era difícil cuando sus manos me tocaron, que vale, tenía puesto el guante todavía, pero me estaba tocando el culo, él... Mateo... Teo, mejor conocido como el doctor tatuador cachondo. Él me estaba tocando el culo, repito.

—Tendrás que echarla todos los días durante un tiempo —su voz casi me hace dar un respingo por lo diferente que sonó, estaba como más baja y enronquecida—, sería bueno que te ayudasen, ya que no es una zona a la que puedas llegar sin esfuerzo.

Bufé...

—Sofi no querrá hacerlo, ella no quería que me hiciese el tatuaje y a Miguel no pienso llamarlo para pedirle favores de este calibre —pensé en voz alta.

El sonido de su risa me hizo darme cuenta de ello y enrojecí una vez más.

—Seguro que encuentras algún voluntario —añadió guiñándome un ojo, y lo vi porque al escucharlo reír no pude hacer otra cosa que girarme para ver su sonrisa...

“Soy patética...”

¿Pero quién puede culparme? No volvería a verlo y el chico estaba muy bien... tan bien que le haría un par de favores y encima le daba las gracias... suspiré como una quinceañera enamorada, aunque a mi edad y en mi estado

podría decirse que eran suspiros de veinteañera cachonda...

—Seguro... —mi voz sonó ahogada... o algo raro, porque no parecía mía, quizás se debiese al exceso de saliva acumulada y que amenazaba con descender en forma de hilillo de baba por la comisura de mis labios... ¿hasta quitarse unos guantes podría resultar excitante y erótico? Estar cerca del doctor tatuador cachondo comenzaba a pasarme factura.

Me enderecé con cuidado en la camilla, intentando que mi nalga, que ahora comenzaba a arder, no doliese demasiado, pero no lo conseguí y siseé de dolor llamando la atención de Teo que me miró por sobre su hombro y sonrió de nuevo haciéndome babear todavía más... ese hombre podía llegar a ser mi perdición.

—Espera un segundo —me detuvo cuando me puse en pie y me oculté como pude con la sábana que me había dado antes—, todavía no he acabado, tengo que taparlo para que no se infecte.

—Aja... —ahora que lo miraba de frente, el movimiento de sus labios al hablar era casi hipnótico.

Me quedé inmóvil, mirando como sus músculos se relajaban y contraían bajo su camiseta mientras buscaba algo en un cajón y después avanzó hacia a mí, se puso de rodillas a mi lado y retiró un poco la sábana para descubrir mi nalga... la tocó con cuidado, como si temiese hacerme daño y cuando acabó de hacerme lo que fuese que estaba haciendo, dejó que su mano se deslizase lentamente por mi muslo hasta detenerla en la parte posterior de mi rodilla, donde sus dedos casi abarcaban por completo su contorno.

—Aunque suene egocéntrico, debo admitir que estoy orgulloso de mi trabajo, ha quedado muy bien. Y tu culo se ve impresionante con ese tatuaje —su voz volvió a sonar tan ronca como minutos atrás y sus dedos dieron un apretón en mi pierna que me hizo jadear y sujetar la sábana con más fuerza para evitar que se me cayese de las manos.

Mordí mi labio inferior mientras su mirada y la mía se unieron, sus ojos oscuros tomaron varios matices dorados y sus pupilas se dilataron. Estaba segura de que mis mejillas estaban completamente rojas de nuevo... ¡estúpidas reacciones involuntarias!

En ese momento era cuando se suponía que debía dejar caer la sábana y ofrecerme por completo, puede sonar desesperado y bajo, pero es que no volvería a verlo... nunca... tenía que aprovechar el momento.

Por suerte no me hizo falta dejar caer la sábana, Teo pareció leer en mi mirada lo que realmente necesitaba, porque sus manos se pusieron sobre mis caderas y me giró hasta que quedamos frente a frente, su cabeza quedaba a la altura de ombligo y desde allí su mirada taladraba la mía haciéndome temblar de anticipación.

—Estás temblando... —susurró con voz ronca— y tu piel esta de gallina, ¿tienes frío?

Negué levemente con la cabeza y tragué saliva... ¿Qué debía hacer? Sabía que era algo, sino él pensaría que no estaba dispuesta a seguir con lo que quiera que fuese que había empezado... ¿pero el qué? Un suspiro tembloroso se deslizó entre mis labios y cerré los ojos con fuerza.

“Valentía Alba, tú eres valiente”, me dije a mí misma.

Alcé una mano y la deslicé por su cabeza rapada, su cabello, que de tan corto casi no se apreciaba, me hizo cosquillas en la yema de los dedos. Casi comienzo a gemir al hacerlo y él dejó caer su frente contra mi vientre y gimió.

—Si no me detienes ahora, después no podré parar —murmuró contra mi camiseta y su aliento cálido me golpeó tenuemente.

Sus palabras sonaron como una amenaza, pero en lugar de asustarme mi sexo latió casi dolorosamente y mis dedos comenzaron a jugar en su nuca. Se alejó de mí golpe y sus ojos se volvieron a fundir con los míos, la amenaza en sus palabras no era nada comparada con el brillo de sus ojos, allí había algo que gritaba ‘PELIGRO’, pero mis pies estaban anclados al suelo y mi mirada a su imagen...

Se incorporó de golpe y pasó una mano por mi cintura para alzarme y dejarme sentada sobre la camilla, siseé de dolor y él se disculpó con una mirada. Sin alejar sus ojos de los míos colocó las manos en mis hombros y las hizo descender

lentamente por mis brazos hasta mis manos, que todavía sujetaban con fuerza aquella maldita sábana que ahora me parecía un estorbo. Sus dedos se deslizaron entre los míos y me hicieron soltar la tela poco a poco. Sus movimientos eran lentos y parecían premeditados, como si me diese el tiempo suficiente para echarme atrás, como si me preguntase si realmente quería continuar con eso hasta el final.

Su pregunta muda me hizo estremecer, pero tenía que contestarle algo, desperté de mi aturdimiento con un jadeo y pasando una mano tras su cuello lo acerqué hacia mí y estampé sus labios con los míos... ¡mierda! Su sabor era adictivo, como una mezcla entre menta y chocolate, y cuando su lengua se abrió paso entre mis labios y se enredó con la mía, gemí y lo atraje más hacia mí en un intento de que no se alejase.

Una de mis piernas se enredó en su cadera y tiré de él con fuerza haciendo que su entrepierna endurecida chocase con mi sexo haciéndonos gemir a ambos. La bandeja que había a un lado de la camilla cayó al suelo sembrando su contenido casi por toda la habitación, por suerte estábamos solos, sería muy fácil saber lo que estaba pasado allí dentro sin necesidad de utilizar mucho la imaginación.

Imaginación... la mía volvió a jugarme una mala pasada al recordar lo mismo que minutos atrás... quería a Teo dentro de mí cuanto antes, ya no era un capricho, era totalmente una necesidad.

Una de mis manos descendió por su pecho hasta la hebilla del cinturón y me atreví a ir más abajo, necesitaba eso rápido, nada de preliminares ni de tantear el terreno, sabía exactamente lo que necesitaba y él estaba en las mismas condiciones que yo, porque el bulto de su erección era más que evidente.

Le di un apretón a través del pantalón y él a cambio sujetó una mis pechos y pellizcó mi pezón haciéndome alejarme de sus labios para jadear.

Lo siguiente que sentí fue una de sus manos en mi muslo ascendiendo lentamente y perdiéndose entre las arrugas de aquella sábana que ya apenas me cubría, llegó hasta mi sexo y gimió contra la piel de mi cuello que estaba mordisqueando y lamiendo.

—¿Sin ropa interior? —preguntó a la vez que introducía un dedo en mi sexo haciéndome contener el aire y cerrar los ojos.

—¡Sí! —jadeé vergonzosamente.

—Chica mala... —ronroneó en mi oído y un segundo dedo se unió al anterior y comenzó a bombear en mi interior haciendo que me mojase mucho más de lo que ya estaba.

—¡Mierda! —volví a jadear— Si continúas así me voy a correr muy pronto.

—¿Tan rápido? —preguntó alejándose lo suficiente para mirarme a los ojos y detuvo los movimientos de su mano. Sonrió con picardía y me besó de nuevo, haciendo movimientos lentos y pausados en mi sexo volviéndome completamente loca.

—Más rápido... por favor... —supliqué.

Él negó con la cabeza y no sé qué fue lo que me poseyó en ese momento, alejé su mano de un manotazo y me lancé a por la hebilla de su cinturón, que tardó muy poco en estar suelta, así como los botones de sus tejanos. Casi chilló al comprobar que él tampoco llevaba ropa interior y su erección tersa y dura rebotó frente a mis ojos al sentirse liberada.

—¿Sabes lo que vas a hacer con eso? —preguntó en tono de burla.

—¿A caso lo dudas? —respondí con otra pregunta.

—Solo tienes que demostrarme lo contrario —contestó muy pagado de sí mismo mientras me tendía un condón que no tenía muy claro de dónde había salido.

Me puse en pie de golpe y la sábana acabó en el suelo, lo hice girar y de un empujón lo senté en la camilla donde segundos antes estaba yo, tomé su miembro entre mis manos y le puse el preservativo todo lo rápido que pude. Lo miré a los ojos intensamente y, sin alejar la mirada ni un solo segundo mientras me inclinaba, le di un rápido lametón a

su glande que me esperaba rosado y brillante. Él tensó los músculos de sus brazos y sus manos se aferraron con fuerza a la camilla cuando repetí el mismo movimiento, pero esta vez con más lentitud. Gimió cuando me lo introduje en la boca y chocó contra mi garganta y me enorgullecí de hacerlo tragarse sus palabras, aunque en ese momento quien más estaba tragando era yo.

—Joder... nena... para, para... ¡detente! —alzó la voz unos segundos después y me alejó de golpe.

—¿Tan rápido? —pregunté a la vez que me limpiaba la comisura de los labios con el dorso de la mano.

Teo apretó la mandíbula, se lo quitó el pantalón a zapatazos y lo hizo a un lado. Me miró con una sonrisa que no presagiaba nada bueno y se puso en pie frente a mí, mi cabeza quedó a la altura de su pecho y cuando me disponía a alzar su camiseta para poder jugar con sus pezones me sujetó con fuerza y me tiró sobre la camilla sin ningún cuidado. Me alcé un poco con los codos y miré por sobre mi hombro con el tiempo necesario para ver como sujetaba su miembro con una mano y acortó la poca distancia que nos separaba.

—¿Tan rápido y ya empapada? —preguntó tanteando mi sexo justo antes de introducir la punta de su miembro en mi interior muy despacio.

—Joder... —exhalé dejando caer la cabeza en la camilla y golpeándola con la frente.

—Eso es lo que pretendo... —murmuró dando un empujón a sus caderas y penetrándome por completo.

El aire abandonó mis pulmones en un grito ahogado y mis manos se cerraron en puños arrugando el papel que tenía bajo mi cuerpo. Teo comenzó a embestirme con fuerza, tanta que la camilla crujía bajo mi peso y se desplazaba unos centímetros con cada una de sus arremetidas.

—Rápido... —gemí entre jadeos.

Él me escuchó y aceleró el ritmo, podía sentir el sudor comenzando a cubrir mi cuerpo y el calor que desprendía el de Teo justo detrás de mí. En un movimiento inesperado descubrió mi tatuaje dando un tirón y acarició mi piel provocando un poco de escozor, que envió varios latidos de placer a mi vientre y me obligó a tensar los músculos.

Se inclinó sobre mí, dejando caer un poco su peso sobre mi espalda y dificultándome el poder respirar.

—Me encanta esta mariposa... —susurró en mi oído— pero me gusta más el culo de quien la lleva.

Me estremecí con el golpe de su aliento en mi cuello, de nuevo su mano se deslizó por mi nalga haciendo un poco más de presión y provocando que estallase en un orgasmo que me hizo gritar sin control.

Cuando regresé al presente después de una lluvia de fuegos artificiales seguidos de un viaje astral, Teo todavía estaba bombeando dentro de mí, pero más lentamente. Gruñó, se dejó caer sobre mi espalda de nuevo y me besó la parte posterior del cuello justo después de hacer a un lado mi cabello.

—Si quieres... —jadeó cerca de mi oído— puedes venir por aquí mañana y puedo ayudarte a limpiar la mariposa.

—¿Limpiar? —pregunté estúpidamente y casi me doy de golpes contra la pared cuando escuché su risa ante mi estúpida pregunta.

—Limpiar... extender un poco de crema... —dio un empujón a sus caderas y su miembro semierecto, todavía dentro de mí, me hizo temblar— y esas cosas... ya sabes.

Me giré un poco para mirarlo y sonreí.

—¿Y será rápido? —pregunté mordiendo mi labio inferior.

—Rápido, más lento... tendremos tiempo de probar como nos gusta más —Teo también sonrió y me guiñó un ojo.

Y yo agradecí internamente a mi locura de auto regalo, si todos los tatuajes serían con ese final feliz tendría que comenzar a plantearme hacer algún otro de la lista.

Más historias de la autora:





